19 niños, 19 historias

Juntos cumplimos nuestros compromisos

PERÚ Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social

Juntos
PROGRAMA NACIONAL DE APOYO DIRECTO A LOS MÁS POBRES

Siempre con el pueblo

BICENTENARIO DEL PERÚ 2021 - 2024

José Pedro Castillo Terrones
Presidente del Perú

Dina Boluarte Zegarra
Ministra de Desarrollo e Inclusión Social

Julio Demartini Montes
Viceministro de Prestaciones Sociales (e)

Jessica Niño de Guzmán Esaine
Directora ejecutiva del Programa Nacional de Apoyo Directo a los Más Pobres - Juntos

Título: «19 niños, 19 historias»
Edición: 1ra
Editor: Programa Nacional de Apoyo Directo a los Más Pobres - Juntos
Dirección legal del editor: Calle Schell 310 - Miraflores
Lima-Perú

Octubre 2022
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 202211537

19 niños, 19 historias

Juntos cumplimos nuestros compromisos

PERÚ Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social

Juntos
PROGRAMA NACIONAL DE APOYO DIRECTO A LOS MÁS POBRES

Siempre con el pueblo

BICENTENARIO DEL PERÚ 2021 - 2024

Índice

Pag.

La falda roja..... 4
Por un mundo mejor..... 8
Yanina y el programa Juntos..... 12
La niña que quería ir a la escuela..... 15
El problema de Liz..... 19
Los dos amigos..... 22
Pedrito, el policía de la familia..... 25
Cambios inesperados..... 29
Una decisión importante..... 31
Una historia..... 34
La pérdida..... 37
Juntos con el pueblo..... 40
La familia de Kaira..... 43
Mamá Laura..... 46
Martín y el monito de la cueva..... 52
Al final del túnel está Juntos..... 55
La niña de mis sueños..... 62
Yo sí cumplo..... 65
La promesa de Rosa y Alexander..... 69
El niño que quiere ser presidente..... 72
Estrella de hierro..... 76
Kuji y el aguajal mágico..... 79
La granjita de doña Lucía..... 83

I CONCURSO NACIONAL DE CUENTOS
"JUNTOS CUMPLIMOS NUESTROS COMPROMISOS"

Juntos es un programa social de transferencias condicionadas, adscrito al Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social (Midis), cuyo objetivo fundamental es la generación de capital humano. Para ello, promueve el acceso a los servicios de salud y educación de las familias más vulnerables del país, entregando incentivos económicos a sus afiliados, siempre y cuando cumplan con llevar a sus hijas e hijos a los centros de salud y enviarlos al colegio.

Justamente en ese esfuerzo es que nace el concurso «Juntos cumplimos nuestros compromisos», dirigido a estudiantes de 11 a 16 años, con el objetivo de promover que las niñas y niños sean llevados por sus padres a los centros de salud y más tarde, en su etapa escolar, acudan a sus centros de estudio.

Este libro recoge los cuentos originales elaborados por 19 estudiantes, cada uno de ellos ganadores en sus respectivas regiones, además de 4 cuentos escritos por colaboradores del programa Juntos.

Lima, octubre 2022

La falda roja

Autora: Crhisbel Nataly Gusmán Cutipa
Edad: 12 años
Región: Cusco
Ilustradora: Genesis Sarai Burgos Winder
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Primer puesto

Etiquetas: campo; familia; salud; cóndor; zorro.

Hace mucho tiempo, en un lugar alejado de todo, una pareja de jóvenes decidió vivir en medio del campo, en donde había solo pasto, árboles, flores y un riachuelo, un lugar de pura naturaleza, tranquilo, en donde se oía el canto de los pájaros y el silbido del viento.

Esta pareja esperaba la llegada de su bebé. Cada mes los esposos bajan de su casa al pueblo. Caminan muchas horas para llegar al centro de salud y siempre veían a un cóndor volar en las alturas del cielo azul y a un zorro que los miraba desde el cerro.

Las enfermeras siempre los esperaban con mucha alegría, pues sabían que, para llegar a su cita, caminaban muchas horas y eran muy puntuales. Siempre les explicaban a los dos cómo estaba creciendo su bebe en el vientre de Lucía. Ella estaba muy bien de salud, no tenía anemia y la orientaban sobre qué comidas debería consumir.

Al retornar, Julián, el esposo de Lucía, cantaba de alegría por la llegada de su hijita. Ponía flores en la cabeza de su esposa y decía feliz "mi guagüita crece sana y fuerte". Cuando llegaban a casa, ya de noche, las estrellas los miraban desde el cielo alumbrando su camino.

Aunque vivían en las faldas del cerro Acopia, Julián tenía una casa a dos días de caminata de la cabaña que compartía con Lucía, hasta donde iba de cuando en cuando a buscar algunas cosas que pudiera necesitar. Sin embargo, con su esposa embarazada, tenía miedo de dejarla sola y que le pasara algo a ella o a su guagüita. Por ello, cuando se iba, al cruzarse con el cóndor, le dijo que por favor cuide a su familia y si viera algo raro, que le avise de inmediato.

Mientras caminaba se encontró con el zorro, al que también le pidió cuidar de su esposa y de su hija y avisarle si ocurriera algo malo.

A la mañana siguiente Lucía fue a pastear su ganado y se puso a cantar. Era un día lindo pues el sol brillaba como nunca.

En ese momento apareció una joven. A Lucía le pareció muy elegante y atractiva. Vestía una blusa blanca, adornada con pines y botones brillantes que hacían juego con una falda roja. Tenía ojos del color del cielo y en la mano llevaba una quena dorada.

Lucía se asustó porque nunca había visto a esa mujer y se fue corriendo con dirección a su cabaña. Al girar la cabeza vio que la mujer ya no estaba. Por su estado se sentía más cansada. Se sentó y se quedó dormida. Al volver a abrir los ojos, se dio cuenta de que la joven estaba parada frente a ella.

Se sorprendió, pero la mujer le dijo que no se asustara, que si tenía sueño, podía dormir tranquilamente pues ella cuidaría de sus animales. Al llegar la hora de comer, Lucia seguía durmiendo y en sus sueños comía mucha comida. Al despertar no tenía hambre, pero seguía teniendo sueño y se fue a dormir nuevamente. Ella no se daba cuenta, pero aquella mujer extraña siempre le pedía que descanse y en su mente pensaba que comía todos los alimentos que Julián le había dejado.

En sus sueños, Lucía se alimentaba bien, pero cuando despertaba, tenía pocas energías y mucho cansancio. El cóndor, al verla sentada en la puerta de su casa, notó lo demacrada que estaba, así que empezó a volar con todas sus fuerzas para avisarle a Julián que algo malo pasaba en su casa.

Cuando vio al zorro, le dijo que vaya al pueblo por ayuda, porque Lucía no estaba bien. El zorro corrió entre los cerros a toda velocidad.

Julián al ver al cóndor, supo que algo había pasado. Cogió su morral y se puso a correr en busca de su esposa.

El zorro entró por la ventana de la posta, jaló del brazo a una enfermera y la hizo montar sobre su lomo. El zorro corrió a toda velocidad y con todas sus fuerzas hacía la casa de Lucía.

Cuando llegó, la enfermera vio que Lucía estaba muy delgada y con mucho sueño. Al despertarla, le preguntó qué había pasado y Lucía le contó de la misteriosa mujer que conoció. Al escuchar su historia, la enfermera entendió lo que ocurría: la anemia había engañado a Lucía, se había metido en su cabeza y eso le hacía daño a ella y a su bebé.

Julián entró en ese momento y escuchó que la enfermera le dijo que la curarían a ella y a su bebé y desalojarían a la invitada silenciosa de la anemia.

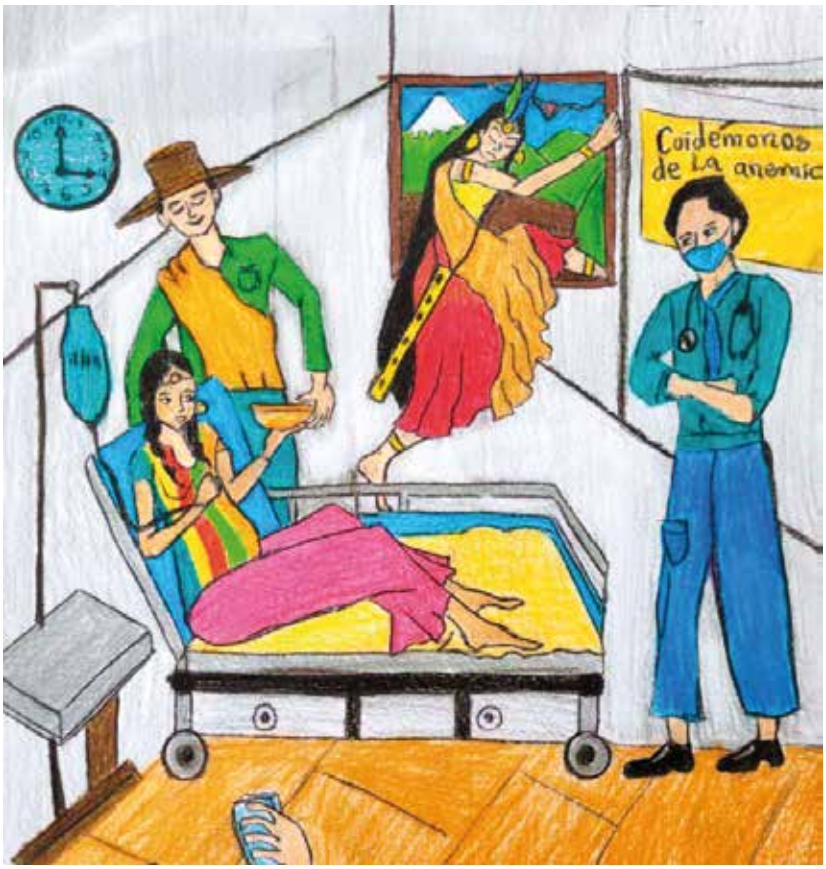
Julián cocinó sangrecita con yuju jaucha y muchas papas sancochadas. Además, la enfermera le dio sus pastillitas de hierro y para tomar, le dio un jugo de naranja. Le dijo que, comiendo así, nunca más sería engañada por la anemia. Al oír estas palabras, Lucía vio por la ventana que la señorita de falda roja salía corriendo y saltaba la cerca de su casa.

Lucía le dijo a Julián que la anemia se estaba yendo y este le gritó fuerte “fuera de esta casa, no nos engañarás nunca más”. Así, durante los meses restantes, Julián cocinaba ricas y nutritivas comiditas para Lucía: un día pescado, otro día hígado, otro día carne y así hasta que llegó el día del nacimiento de su hijita.

La llamaron “Chaska”. Era una bebé muy hermosa. Su piel era blanca como el algodón, sus ojos color café con reflejos amarillos y sus cabellos negros largos y lacios.

El cóndor y el zorro fueron a conocer a la bebé con alegría y desde entonces siempre la cuidaron de todo peligro.

Lucía y Julián cumplían con llevar a Chaska a la posta para ver cómo crecía, le dieron sus vacunitas, y también le dieron unas gotitas de hierro para que la mujer con falda roja nunca vuelva a molestar su hogar. Chaska creció sana y fuerte, rodeada del amor de sus padres, del cóndor y del zorro.



Por un mundo mejor

Autor: Alex Efraín Luis Flores
Edad: 13 años
Región: Huancavelica
Ilustradora: Laura Teresa Castillo Manrique
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Segundo puesto

Etiquetas: comunidad; maternidad; salud.

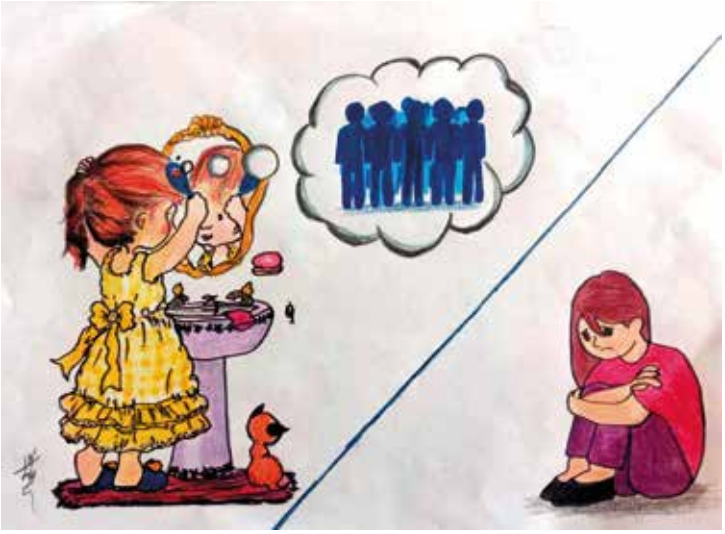
Susana era una niña que vivía en un pueblo con muchos problemas. Había mucha pobreza, los niños enfermaban y la desunión reinaba entre la comunidad. Susana era consciente de lo que ocurría a su alrededor y se propuso cambiar para bien su realidad. Ese era su gran sueño, pero era muy pequeña y sentía que nadie le prestaría atención, que nadie la escucharía.

Pasaba horas y horas ideando planes para hacer que su población despierte y haga algo para mejorar, pero sus intentos eran en vano y fallidos, nadie le hacía caso, todos estaban ocupados tratando de ganar un pan para la casa, a costa de su propia integridad.

Pero un día eso cambiaría con la llegada de Juana. Ella era promotora del programa Juntos, quien apenas iniciaba su trabajo en ese lugar. Casualmente Juana y Susanita se conocieron en la escuela de la comunidad, cuando la promotora daba charlas a la población sobre el trabajo que realizaría Juntos.

Al finalizar Susana quería saber más de ella y le contó todos los problemas por los que ella y su comunidad atravesaban. Juana no imaginaba que aquella población tuviera tantas necesidades, las que pudo conocer de cerca gracias a Susana. La pequeña le contó que había intentado hacer algo para cambiar la situación, pero que al ser solo una niña de 10 años nadie la tomó en cuenta.

Juana quedó muy conmovida con lo que encontró y decidió que definitivamente tenía que ayudar a cambiar aspectos básicos como la economía, la salud y sobre todo la educación de los niños, niñas y adolescentes.



Ahora Juana y la pequeña Susana tenían un objetivo en común. Juana sí logró ser escuchada en una de las faenas organizadas por la comunidad. Ella explicó sobre cómo el programa Juntos podría ayudar a cada integrante de la población y así mejorar su calidad de vida. Juana fue tan convincente, que todos los pobladores querían inscribirse en el programa social. Sin embargo, no contaron con que la solución a sus problemas iba más allá de solo inscribirse.

Susana estaba triste y a la vez desilusionada de la población, ella creía que pondrían de su parte y colaborarían para mejorar sus vidas, pero no fue así. Entonces Juana y Susana decidieron visitar a cada familia y explicar la importancia de que cumplan los compromisos asumidos con el Programa: llevar a sus hijos a los centros de salud y enviarlos todos los días al colegio.

Las familias comprendieron mejor el objetivo del Programa. Juana comenzó a trabajar con todas las mamás gestantes, había un total de diez. Todas ellas empezaron a acudir cada mes a sus controles prenatales para que el bebé en camino nazca sano y fuerte. Después, las mujeres fueron contando sus buenas experiencias antes y después de la maternidad, para que las demás madres hagan lo mismo. Entonces se contaba con madres y recién nacidos sin anemia. Susana se sentía muy feliz.

El siguiente paso fue explicar a los madres y padres sobre la importancia del control de crecimiento y desarrollo en los niños menores de 3 años. Y funcionó. Las postas empezaron a llenarse con niños felices que eran llevados por sus padres para que los pesen y los tallen.

Del mismo modo, la promotora de Juntos visitó los colegios para decirle a los estudiantes lo importante que era estudiar. También visitó a los niños y niñas que por algún motivo dejaron de estudiar y los motivó a regresar a las aulas. Asimismo, se incluyeron alumnos de las comunidades aledañas que no tenían escuelas. Susana estaba más feliz que nunca.

Para mejorar la economía de la población, el programa Juntos les entregaba a las madres de familia un apoyo económico, para que puedan usarlo en cubrir las necesidades básicas como alimentación o para los útiles de sus hijos. Pero también se les enseñó a invertir el dinero en algún pequeño negocio.

El cambio en la comunidad se hizo evidente. No fue de un día para el otro, pues Susana llegó a cumplir 20 años. Sin embargo, se daba por satisfecha con el gran avance logrado en la población: niños sanos y libres de anemia. Escolares estudiosos con un futuro prometedor y hasta pequeños negocios que ayudaban a mejorar la vida de muchas familias.

Poco tiempo después, Susana cumpliría otro sueño: convertirse en gestora del programa Juntos para ayudar a más familias como la suya.

Yanina y el programa Juntos

Autora e ilustradora: Yanina Zaray Celi Camacho
Edad: 11 años
Región: Piura
Ilustrador: Yahir Enríquez Rivas

Tercer puesto

Etiquetas: familia; educación; reflexión.

Yanina, una niña de apenas seis años de edad, vive en su casa al pie de la frontera con el Ecuador, rodeada de hermosos árboles y arbustos. Abelardo, su padre, se mostraba siempre preocupado por los estudios de su hijita y por su alimentación. Ella cursaba el primer grado de primaria.

Antes de iniciar la etapa escolar, el padre de Yanina pensó mucho en dónde matricularla. Necesitaba un lugar cercano en donde, además, la pudieran cuidar hasta que la recoja. Finalmente, su papá se decidió por la escuela Casitas, en donde enseña la profesora Isabel Mendoza Mejía.

Antes de empezar el colegio, la familia de Yanina fue afiliada al programa Juntos. Rosa, la madre de la niña, era muy responsable y puntual en llevarla a sus controles médicos cada bimestre. La pequeña, que por entonces tenía solo 3 años, era atendida en la posta médica del centro poblado "Alamor", por la doctora Marcela Pacherres Prado, quien la trataba con mucho cariño y le daba vitaminas cada tres meses.

De esta manera, Yanina crecía muy sana y su familia se sentía muy agradecida con el programa Juntos, por hacer que todos los niños y niñas afiliados tengan su control médico.

En la actualidad, Yanina cursa estudios de educación primaria y desde que inició el primer grado, hasta en la actualidad, sigue recibiendo el beneficio del bono que otorga el programa Juntos, el mismo que ha servido para la compra de útiles escolares.

Por otro lado, su mamá Rosa con su papá Abelardo, son muy lindos y buenos con ella, ya que siempre la animan a seguir estudiando. ¡Me siento motivada por ellos!, dice Yanina, entusiasmada porque pronto terminará la primaria.

Cada vez que su mamá cobra el bono de Juntos, es cuidadosa y lo guarda religiosamente recordando siempre que ese dinero está destinado para atender las necesidades de estudio de Yanina.

Por ahora, Yanina está empeñada en obtener buenas notas y le pone muchas ganas a sus estudios, porque la profesora, siempre les dice: "Quien estudia, triunfa en la vida".

La niña, con mucha responsabilidad, se dedica a estudiar mucho para sus pruebas de cada mes. "¡Qué pruebas tan difíciles pone la maestra! Pero, eso a mí me gusta", comenta la pequeña a quien le gusta mucho los cursos de comunicación y matemáticas.

Sin embargo, un buen día se cancelaron las clases. Yanina no entendía qué pasaba. El Perú fue declarado en emergencia sanitaria a causa de la pandemia COVID-19. Las escuelas fueron cerradas por dos años y las clases se desarrollaron de forma virtual, lo que significó una gran barrera para la niñez por la falta de internet tanto en la escuela como en los hogares.

Felizmente Yanina pudo usar el celular de su papá y eso le sirvió para cumplir con sus tareas escolares en forma diaria. El WhatsApp fue la aplicación más usada por ella y significó una excelente ayuda.

En el año 2022 se retomaron las clases presenciales. Yanina se sentía muy alegre de poder asistir todos los días a su escuela. Fue muy emocionante el retorno a las clases. Las puertas de la escuela se abrieron y por fin los alumnos pudieron reencontrarse y ver a su profesora de nuevo, quien los trataba con mucho amor.

En esos días, en los que no asistía a la escuela, la tristeza invadía a Yanina y pensaba que no es lo mismo estudiar sin la presencia de la profesora, a distancia, porque cada vez que no entendía sus tareas, recurría a su mamá y ella no siempre sabía explicarle las materias.

Por suerte el gobierno dispuso el retorno a clases, cumpliendo los protocolos de bioseguridad, como el uso de doble mascarilla y el lavado de manos por 20 segundos, para evitar el contagio del virus.

Poco tiempo después, sus padres tomaron el acuerdo de llevarla al centro de salud para que le apliquen la vacuna de la COVID-19, a fin de estar protegida contra la enfermedad. Yanina, su papá y su mamá, se sienten felices de recibir el beneficio del programa Juntos y cumplen con los compromisos que exige, pues desde pequeña siempre llevaron a la pequeña a sus controles y nunca permitieron que falte al colegio.

La niña que quería ir a la escuela

Autora : Rebeca Damaris Lugo Medrano
Edad: 14 años
Región: Ancash
Ilustradores: Rebeca Damaris Lugo Medrano
Luis Romero

Etiquetas: agricultura, familia, educación.

Andrea era una niña muy hermosa, de cabellos negros y rizados, tenía los ojos grandes y verdes, su nariz era pequeña y sus mejillas redonditas y rosaditas. Ella vivía con sus padres en un caserío apartado llamado Rarpa, en el distrito de San Juan de Rontoy. Andrea amaba la naturaleza que la rodeaba.

Su madre Luciana y su padre Luis eran campesinos con una economía precaria. Ellos luchaban día a día para salir adelante. Luis se dedicaba a labrar la tierra: cultivaba maíz, papa, trigo y quinua. Su madre Luciana se encargaba de la casa y de los animales que tenían.

La pequeña Andrea soñaba con ir a la escuela y conocer a más niños de su edad, pero la distancia y el poco dinero que tenían sus padres, no le permitía hacerlo. Ella estaba tan convencida de que quería aprender y conocer gente que ideó un plan: ayudaría a sus padres en todo lo que pudiera para ver si de esa forma conseguía que la llevaran al colegio.

Cada vez se levantaba más temprano para recoger comida para sus animales y leña para el fuego. Cuando llegaba a casa, ayudaba a su mamá a preparar la comida y, por la tarde, limpiaba y aprendía poco a poco a bordar y tejer.

Al paso de los días, Andrea seguía con su rutina diaria de siempre y con los anhelos de ir al colegio. Ella no se rendía porque sus ganas de aprender eran inmensas como el extenso cielo azul.

Después de varios meses, la pequeña sentía que todos sus esfuerzos eran en vano, ya que a pesar de todo lo que hacía, no veía interés de sus padres por llevarla al colegio. Esto hizo que se ponga muy triste, aunque sus deseos de estudiar seguían en pie.

Un día como cualquier otro, Andrea caminaba desanimada por el bosque y se encontró con un joven trabajador del programa Juntos, quien por orden de su jefe, iba a otro pueblo pero terminó por perderse. Este joven, llamado Felipe, al ver a la niña tan triste, se le acercó y le preguntó qué le pasaba.

Andreíta le contó sus penas y las muchas ganas que tenía de ir a una escuela. Felipe, conmovido por los hechos contados, le pidió de inmediato que lo llevara a su casa. Cuando este joven llegó a su vivienda, se dio cuenta de todas las carencias que sufrían. Felipe les propuso ayuda inmediata y lo primero que hizo fue afiliar al hogar al programa Juntos, para que así puedan recibir el apoyo que el Estado peruano otorga a las familias pobres como la de Andreíta.

Al poco tiempo sus padres le dieron la gran noticia: Andrea empezaría a estudiar. La pequeña feliz y entusiasmada, lloró de la alegría en brazos de sus padres y ellos corrieron enseguida a la escuela del pueblo a inscribirla para que, a la semana siguiente, empiece sus clases.

Luego de varios meses, esta pequeña tuvo buenos resultados como estudiante, enorgulleciendo a sus padres y sacando las notas más altas en su salón. Esto animó más a que Andrea siguiera adelante sin rendirse.

Poco tiempo después su madre salió embarazada. Ella iba a sus controles para ver si su bebé crecía sano en su vientre. Pasaron los días, semanas y meses, hasta que por fin nació Miguelito, trayendo felicidad a su hogar.

Andrea quería muchísimo a su hermano, para ella era como su mejor amigo pequeño. Ella acompañaba constantemente a su mamá al centro de salud para ver que su hermanito creciera sanito y bien fuerte como un león.

Día a día, Miguelito iba creciendo sano. El pequeño, cuando estaba más grandecito, miraba con atención a Andrea mientras ella realizaba sus tareas de matemáticas. El pequeño aprendió a contar los números del 1 al 10, al igual que a leer algunas palabras que había en las hojas de los libros.

Miguelito tenía 3 años en ese entonces y ya era necesario ponerlo a estudiar, por lo que sus padres lo inscribieron en el centro de educación inicial. Lo especial del pequeñito era que adoraba ir a la escuelita. Camino al colegio, hermano y hermana, iban cantando la canción de los números. Andrea se divertía enseñándole a Miguelito y él disfrutaba mucho.

Un día inesperado, Andrea y sus padres recibieron la noticia de que Miguelito fue llevado al centro de salud porque tuvo un desmayo repentino. Preocupados, ellos corrieron a buscar a Miguelito y este ya había despertado. Entonces, la familia preguntó por qué tuvo el desmayo: el doctor les explicó que tenía anemia y le recetó consumir alimentos ricos en hierro, de origen animal y también verduras.

La señora Luisa, preocupada por la salud de Miguelito, empezó a darle de comer los alimentos recetados por el doctor. Unas semanas después, Andrea llevó a su hermanito al centro de salud, para saber si su hemoglobina había mejorado. El doctor hizo las pruebas de sangre y resultó que había mejorado mucho.

La familia de Andrea estuvo feliz otra vez y decidieron matar al gallito para comerlo en el almuerzo, pero Miguelito se oponía. Su madre le preguntó:
-Miguel, ¿por qué no quieres que mate al gallo?
El pequeño respondió:
-Mamá, el gallo está muy flaco, necesita estar gordito para comerlo, además quizás le dé un desmayo porque seguro tiene anemia.
Todos se rieron de la ocurrencia del pequeño y decidieron dejar al gallito y alimentarlo mejor.

Años más tarde, durante una tarde lluviosa, Miguelito olvidó ponerse su abrigo y salió solo con un polo, una chompa simple y un pantalón delgado a ver el paisaje, pero algo malo pasó. Al salir por el caminito de la puerta de su casa, se resbaló y cayó al barro. Miguelito empezó a llorar y Andrea, que en esos momentos ya preparaba sus maletas, para irse a estudiar a la universidad, dejó sus cosas para ayudar a su hermano.

Al día siguiente, muy temprano, Andrea se despidió de sus padres para irse a Lima, a seguir estudiando. Se fue dándole un abrazo a todos, en especial a Miguelito. Esto partía el corazón de su hermano en pedacitos, pero nada se podía hacer, solo le desearon buena suerte.

Pasaron los años hasta que un día Andrea volvió a casa. Ahora era una enfermera que cumplió sus metas soñadas. Ella siempre veía hacía atrás y se sorprendía de lo lejos que había llegado, recordando cuando solo era una niña que deseaba ir a la escuela. Con todo lo que vivió, decidió seguir apoyando a su hermano Miguel para que él también llegue a ser alguien en la vida.

Andrea se propuso a ayudar a sus padres y a su hermano, para que no les faltara nada. Desde aquel entonces, la familia de Andrea estuvo más unida que nunca. Se contaban siempre todo, las cosas buenas y malas que les había pasado.

Así es como Andrea se hizo más grande, cumpliendo sus metas y realizando sus sueños.

El problema de Liz

Autora: Elvia Beatriz Lope Mamani
Edad: 16 años
Región: Arequipa
Ilustradora: Camila Gabriela De la Cruz Torres
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: educación; familia; bebé.

Una mañana de primavera, Liz despertó muy temprano, como solía hacer siempre. Se levantó de la cama rápidamente, sin siquiera prestarle ateción a sus pantuflas, para ir en busca de sus padres que aún seguían en un sueño muy profundo. La pequeña saltó directamente a la cama de sus padres mientras decía:

-¡Mamá, papá, despierten! Es lunes y tengo que ir a la escuela.
-Comprendimos, Liz, date un baño y cámbiate, mientras tu madre y yo preparamos el desayuno.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Lizbeth, una encantadora niña de 9 años, le decía que sí a su adorado padre.

Después de tomar el desayuno favorito de Liz, leche con cereal, toda la familia se dirigía a la escuela caminando, riendo y conversando. Aún así, Liz notó en los rostros de sus padres una ligera preocupación.

-Mamá, ¿por qué a menudo papá y tú se ponen tristes? ¿Es porque papá no tiene suerte para encontrar un trabajo?

La verdad es que detrás de toda esa felicidad y alegría, los padres de Liz se encontraban con problemas económicos. Su papá, quien intentaba siempre mostrar una cara feliz a su hija, ocultaba su tristeza por perder su trabajo, justo cuando su esposa se encontraba embarazada.

La preocupación de su padre se contagió a Liz, quien no dejaba de pensar en la situación de su familia y se ponía triste porque aún era muy pequeña para poder ayudar a sus padres. Mientras su cabecita pensaba y pensaba, de pronto su maestra la sacó de sus reflexiones con una pregunta inesperada.

-Lizbeth, ¿cuál es la respuesta al problema? Lizbeth, Liz…

Para cuando Liz reaccionó ya era muy tarde y su maestra volvía a mostrar en su rostro una expresión de desencanto. La maestra de Liz era una persona muy amable y querida por todos sus alumnos. Liz la quería mucho y realmente sentía no poder responder a las preguntas de la maestra Margarita. Cuando sonó el timbre de salida, Liz escuchó una suave voz.

-Licy, quédate un momento, por favor.
-Está bien, respondió Liz.

Cuando todos sus compañeros por fin se fueron, la maestra le dijo:

-Licy, he notado que últimamente estás muy distraída y triste. Dime, ¿qué sucede?, ¿hay problemas en casa?

Lizbeth dudaba si podía contarle o no a su maestra sobre el problema que tenían en casa. Después de pensarlo un poco, se lo contó:

-Lo que sucede es que mi mamá está embarazada y mi papá perdió su trabajo y ahora le cuesta encontrar uno nuevo y todos están tristes aunque demuestren estar felices conmigo. Sé que el dinero es importante en nuestras vidas y ahora necesitamos de ello para los gastos cuando nazca mi hermanito. Yo solo quiero ayudar y por eso me distraigo mucho -dijo Liz entre sollozos.

-Comprendo, Licy, sé que debe ser duro, pero si en verdad quieres ayudar a tus padres, lo que necesitas hacer es atender a las clases y sacar buenas notas y así tus papitos se pondrán muy felices.

Después de decir esto, la maestra agregó algo muy importante: le contó a Liz que existe un programa social del Estado, destinado a ayudar a las familias que pronto iban a tener un bebé en casa y que cumpliendo los compromisos que solicitaban, el programa les otorgaba una ayuda económica.

A Liz se le iluminó el rostro y salió como un resorte rumbo a casa para contarle a su mamá sobre el programa social que ayuda a los más pobres.

Al escuchar la noticia, la mamá de Liz saltó de alegría. Luego ambas le contaron a su padre la buena nueva y todos decidieron inscribirse.

Al día siguiente fueron a las oficinas del programa Juntos, en donde les informaron que cumplían con los requisitos para ser afiliados y los orientaron sobre los compromisos que debían cumplir para recibir la ayuda económica.

Así, su mamá comenzó a ir a sus controles prenatales y cuando por fin nació el bebé, lo llevaron a sus controles, le pusieron vacunas para que esté sano, fuerte y protegido. Liz, por su parte, ya no tenía ninguna preocupación que la desconcentrara de sus estudios, lo que le permitió tener un mejor rendimiento.

Liz y su familia ahora conformada por un integrante más, dejaron atrás las preocupaciones. Atesoran mucho a Jean, su hermoso bebé. Su padre encontró un nuevo trabajo y también reciben dinero del programa Juntos, al que le agradecen por el apoyo mostrado en un momento difícil de sus vidas que, esperan, no se repita.

Los dos amigos

Autora : Anghela Dayana Izquierdo Bustamante
Edad: 12 años
Región: Bagua
Ilustradora: Karla Valentina Peñaloza Alan
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: educación; amistad; consecuencias

Había una vez un niño que se llamaba Jair. Él era estudiante del colegio "San Martín" en la localidad de Chullo. Su mamá era una madre soltera, porque el papá de Jair los abandonó cuando él era solo un bebé.

La mamá de Jair era de bajos recursos, pero trabajaba mucho para darle a su hijo todo lo necesario. Sin embargo, no le alcanzaba el dinero porque se encontraba embarazada y tenía que gastar en sus ecografías y alimentos. No podía comprarle un par de zapatos nuevos, ni sus útiles completos.

El pequeño Jair heredó de los hijos de sus vecinos la mochila y el uniforme. Aunque todo lo que tenía era usado, a Jair no le importaba, porque sabía que lo realmente importante es el corazón y las ganas de estudiar.

Jair casi nunca desayunaba y no comía nada en el recreo. A veces llevaba un pedazo de yuca, de plátano y agua. Lo peor es que sus compañeros siempre se burlaban de él. Por años Jair soportó esto, hasta que un día llegó el programa Juntos a su localidad.

La mamá del pequeño fue una de las primeras en ser afiliada. Al poco tiempo la vida de Jair empezó a cambiar: con el apoyo económico que recibían, su mamá pudo comprarle su primer uniforme. Jair ya iba al colegio bien desayunado y dejó de dormirse durante las clases. Ahora entendía todo lo que enseñaba el profesor y en poco tiempo se convirtió en el mejor alumno de su clase.

Había un compañero de su salón al que parecía no interesarle las clases. Yonier, como antes Jair, no se alimentaba bien. Sus padres que trabajaban desde la mañana hasta tarde no cuidaban de él.

Yonier no era un buen estudiante y eso parecía no importarle. Comía chatarras y golosinas, siempre se le veía jugando en la calle hasta tarde y no respetaba a nadie. Poco a poco fue engordando, deteriorando su salud y siempre incitaba a Jair a hacer las mismas cosas que él.

Así pasó mucho tiempo, hasta que un día Yonier se enfermó y tuvieron que internarlo en el hospital. El médico recomendó que dejara de comer grasas y dulces, pero Yonier no hizo caso y así siguió con su misma vida desordenada.

Ya en la adolescencia, Yonier comenzó a consumir alcohol y drogas, lo cual ponía más en riesgo su salud. Nunca hizo caso a los consejos y sus padres parecían no darse por enterados del estilo de vida que llevaba su hijo.

Pasaron así muchos años, Jair comenzó a hablarle, sugiriendo que tenía que cambiar, que no siga así, que la vida que llevaba iba a traer consecuencias, pero Yonier le respondía que la vida había que disfrutarla, que para vivir sin divertirse y haciendo tareas, prefería morir.

Siguieron pasando los años, hasta que un día, Jair se dio cuenta de que Yonier estaba triste. Fue a visitarlo a su casa y al ingresar, vio a Yonier borracho. Entonces le gritó diciendo: "¡Cómo es posible que bebas esa porquería!", a lo que Yonier contestó: "¿Quién eres tú para decirme qué es lo que tengo que hacer?".

No contento con eso, Yonier se paró con dificultad y le lanzó una tabla, mientras le decía que se vaya. Jair salió y nunca quiso volver.

Después de mucho tiempo, Jair se mudó a la capital. Allí, postuló a una de las mejores universidades para estudiar la carrera de sus sueños: quería ser un gran abogado. Sin embargo, a pesar de prepararse bastante, no pudo ingresar y se preguntó si debía seguir insistiendo o si estaba perdiendo su tiempo.

Luego se acordó cuando era pequeño, la forma en que había vivido y cómo se burlaban sus compañeros. Recordó también a su padre, que lo abandonó cuando era apenas un bebé. Entonces se hizo la promesa de triunfar por su familia. Esta vez se preparó mucho más y por fin logró su sueño. Su mamá era la más orgullosa.

Después de varios años, Jair se convirtió en el mejor abogado del país.

Un día estaba saliendo del trabajo, cuando en la calle, un limosnero estaba pidiendo dinero. Jair sacó unas monedas y cuando se las estaba dando, reconoció a Yonier. Le preguntó si se acordaba de él, pero su amigo solo agachó la cabeza.

Yonier le contó que había vivido una vida desordenada, con malos amigos y que nunca quiso escuchar los consejos de nadie. Entre lágrimas le contó que estaba muy mal de salud y que sentía que en cualquier momento podía morir. Se abrazaron y Jair prometió volver al día siguiente.

Al regresar, al día siguiente, Jair no encontró a su amigo. Un señor que vendía periódicos le dijo que se puso muy mal de salud y fue trasladado al hospital. Jair fue a buscarlo al centro de salud, pero ya era muy tarde, Yonier había muerto.

Pedrito, el policía de la familia

Autor : Kennett O´nail Estela Velásquez
Edad: 14 años
Región: Cajamarca
Ilustradores: Kennett O´nail Estela Velásquez
Claudia Isabella Reynoso Carrasco

Etiquetas: agricultura; animales; educación; superación.

En las lejanas montañas vivía Juan y su esposa María, ellos tenían dos hijos: Manuel y Sofía. Vivían en una casa muy alejada de un pueblito llamado Los Lirios, en el cual tenían que caminar aproximadamente dos horas para comprar víveres. Era una familia muy humilde, que sembraba grandes chacras de maíz para el sustento de su familia. Cuando era la temporada de cosecha, los loros aprovechaban para comer una partecita de la siembra y las ardillas también calmaban su hambre en la chacra.

Ellos tenían un burro que se llamaba Boni. Le pusieron ese nombre porque tenía pecas blancas y grises. Por las mañanas Boni ayudaba a Juan a trasladar los alimentos del campo a su casa, cumpliendo una dura tarea a diario. Cuando terminaba la temporada de cosecha de maíz, Boni descansaba bastante durante los fines de semana.

Juan es un campesino que trabaja en las parcelas de sus vecinos, desyerbando sus chacras, ganando así algunas monedas para la alimentación de su familia. Su esposa María, teje manualidades como blusas, vestidos, tapetes, chalinas, entre otros. De esa manera ella también colabora en el hogar. Su hijo Manuel tiene 27 años. Sus padres no pudieron darle educación, por lo que se dedica también a la siembra de maíz y el desyerbo de montes.

En Los Lirios es difícil comprar alimentos, ellos tenían que caminar casi dos horas para llegar a las tiendas y comprar víveres y vestimenta. Por esa zona no hay ningún tipo de transporte porque el camino es muy reducido y las personas solo se movilizan a pie. Cuando iban por alimentos o ropa, la familia de Juan se ayudaba con su burro Boni, que cargaba las bolsas de compras. Cruzaban por una montañas oscuras, donde se escuchaba el silbido de las aves y los animales que ahí habitan. Sofía la hermana menor, de 13 años, ayudaba en los quehaceres del hogar. Ella se levantaba muy temprano a alimentar a los animales, las gallinas, cuyes y a Boni. Luego preparaba el desayuno para todos.

Un día, de manera sorpresiva, llegó su tío José de Lima a visitarlos. Ellos lo recibieron con mucho cariño y prepararon un delicioso almuerzo familiar.

José contaba con sus estudios universitarios: se recibió de médico. José sabía lo importante que eran los estudios y por eso le propuso a Juan llevarse a Sofía a Lima, para que estudie.

José ayudó mucho a su sobrina. La matriculó en un colegio básico alternativo, ya que no sabía leer ni escribir. Sofía se niveló al poco tiempo y pasó a un colegio regular, en donde culminó sus estudios secundarios para luego estudiar enfermería.

Juan estaba envejeciendo y para sorpresa de todos, su esposa María estaba embarazada. Nueve meses después nació Pedrito, 'el policía de la familia'.

Con el tiempo, el pueblo de Los Lirios se fue poblando cada vez más. Vivían varias familias con niños pequeños. Una tarde llegó el alcalde de un pueblo lejano y convocó a una reunión a todos los pobladores para ver sus distintas necesidades, logrando así que se cree una escuelita para que los niños puedan estudiar la primaria. Los pobladores, muy contentos, agradecían la ayuda de las autoridades del pueblo que, además, construyeron una posta médica.

Para ese entonces, Sofía ya había terminado su profesión de enfermera y su papá la llamó para que los visite. Estando en casa, con su familia, Juan le pidió a su hija que trabaje en la posta médica del pueblo, ayudando con sus conocimientos a tratar las diversas enfermedades de los niños.

Al amanecer del día siguiente, llegaron unas señoritas desconocidas al pueblito. La señora María salió a recibirlas con mucha amabilidad. Para su buena suerte, eran gestoras locales del programa Juntos que venían a dar charlas informativas. Para ello, reunieron a todas las madres de familia del pueblo y les explicaron que Juntos apoya a las familias de bajos recursos, orientándolas para que puedan iniciar el trámite de su afiliación, solicitando primero el censo a la municipalidad. Poco tiempo después, salió la lista de afiliados y para buena suerte, María también fue seleccionada. La gestora local llegó al pueblo por segunda vez para validar la información a varias familias beneficiarias y para explicarles cuáles eran los compromisos que debían cumplir: llevar a su pequeño hijo a sus controles de salud y a la posta para que le hagan el tamizaje de la hemoglobina hasta los tres años, además de que asistan a clases hasta que terminen la secundaria.

María estaba contenta de recibir los abonos de Juntos, porque así podría comprar los útiles escolares para sus hijos. Ella quería que Pedrito estudiara y sea profesional para que cuide de ellos cuando sean ancianos y ya no puedan trabajar en el campo.

Con el pasar de los años, Pedrito estudiaba con mucho empeño, cumpliendo siempre con sus tareas. Fue uno de los mejores alumnos en la primaria. Pedrito era un niño muy hábil, le gustaba cantar, el fútbol y jugar a los policías y ladrones con sus amigos del barrio. Él siempre era de los policías.

Al poco tiempo, la municipalidad realizó un trabajo de alumbrado público en el pueblo, lo que le permitía a Pedrito hacer sus tareas en la noche, mientras que en el día asistía al colegio y luego ayudaba a su papá en el campo.

Pedrito terminó la secundaria y su sueño era seguir estudiando, pero en su pueblo no había universidades, ni institutos, así que tuvo que viajar a la ciudad de Jaén para cumplir su sueño: quería ser policía. Postuló a la escuela de la Policía y como era un chico muy inteligente y atlético, pudo ingresar. Al cabo de varios años llegó a culminar sus estudios.

Su madre ya se encontraba con el cabello blanco y la piel maltratada, pero feliz por el logro de su hijo, quien se convirtió en un policía respetado en todo su pueblo.

María se encontraba enferma y al poco tiempo falleció. Juan se quedó solo, pero tenía el apoyo de sus hijos. Sofía se casó en el pueblo y su hermano mayor llegó a visitarlos con su esposa y dos hijos. Todos se quedaron a vivir en el pueblo de Los Lirios.

Gracias al incentivo del programa Juntos y al esfuerzo de Pedrito, la familia pudo mejorar su calidad de vida.

Cambios inesperados

Autora: Fiorela Anduash Tiwi
Edad: 15 años
Región: Condorcanqui
Ilustradores: Fiorela Anduash Tiwi
Yukiro Malqui Jaimes

Etiquetas: amazonía; familia; consecuencias.

En una lejana comunidad de la Amazonía del Perú, donde la flora y fauna están en su máximo esplendor, vivía una madre con su hija adolescente llamada Yumi. La madre cosechaba plátano, yuca, cocona y otros productos de la zona. La madre se decía todos los días: "mi Yumicita tiene que seguir estudiando". Yumi no ignoraba el sacrificio de su madre y decía que le iba a echar más ganas a sus estudios para compensar el esfuerzo que estaba haciendo por ella.

Los días iban y venían, y entre el colegio y las pocas salidas conoció a David, un jovenzuelo de quien creyó haberse enamorado perdidamente. La ilusión del primer amor hizo que Yumi dejara de asistir a clases para salir con su enamorado. Esto llegó a los oídos de la madre, quien con incredulidad le dijo:

-Me enteré que estás faltando al colegio. ¿Qué pasa?
-No es verdad mamá, voy todos los días al colegio – mintió Yumi.

La madre respiró profundamente y un hilito de esperanza la reconfortó. La tranquilidad de Yumi pronto fue invadida por la incertidumbre de no saber qué pasaba con su cuerpo. Solo era cuestión de tiempo para que los cambios que se producían en ella delataran sus apresuradas decisiones.

Las promesas de David fueron como hojas secas que el viento se llevó. Ella, sintiéndose como en un desierto, solo se echó a llorar sin parar. Una nueva vida llevaba en su ser. Sus precarias condiciones económicas le impedían imaginar un futuro digno para su hijo.

Es así que decide buscar ayuda y una amiga le comentó de "Juntos", un programa social que ayudaba a personas de bajos recursos. Logró contactarse con un gestor local, quien le explicó lo que tenía que hacer para inscribirse en el Programa y le recomendó que no dejara de estudiar, pues el apoyo económico que recibiría la ayudaría también para continuar asistiendo a clases hasta que terminara sus estudios secundarios.

Afiliarse a Juntos fue como una luz al final del camino, no solo por la ayuda, sino porque la orientaron en la necesidad de asistir a sus controles prenatales para que su bebé nazca sanito y los gestores locales siempre estuvieron al pendiente de que no deje de estudiar.

Una decisión importante

Autora: Rosmery Milagros Arroyo Palacín

Edad: 15 años

Región: Huánuco

Ilustradora: Patricia Allisón Quispe Puza

I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: educación; decisiones; orgullo.

Samuel no pudo dormir bien durante toda la noche. Hizo mucho frío y cayó una lluvia torrencial, pero no había sido por eso que no pudo conciliar el sueño. Echado en su cama, miraba al techo que se aclaraba por la llegada del día. ¿Aceptaría lo que le propuso su amigo Andrés? ¿Seguiría los consejos que siempre le dio su madre?

Samuel vivía en una casa de tapia y techo de calamina que el paso del tiempo había dañado bastante. Su mamá tenía una pequeña chacra, pero era poco lo que producía, solo lo necesario para poder alimentarlos. Samuel la apoyaba a veces vendiendo golosinas, era ya un muchacho fuerte de 14 años, muy parecido a su papá cuando tenía su misma edad. Su papá había fallecido hacía muchos años.

Se levantó de su cama y fue a la cocina. Su mamá no estaba, pero en la bicharra hervía té. Samuel se sintió desganado y no quería ir al colegio. ¿Iría a buscar a Andrés como el día de ayer? Quizá, pero se sentiría mal con su madre, porque ella pensaba que estaría en el colegio. De mala gana se cambió. En eso llegó su mamá, quien le dijo que se apurara, porque sino, llegaría tarde.

En el camino decidió ir a buscar a su amigo Andrés. Cambió de rumbo y se fue a la quebrada Angorragra, donde Andrés paraba pescando, durmiendo o jugando con otros muchachos. Estaba solo.

-¿Qué has decidido? -preguntó Andrés cuando se dieron las manos para saludarse. Samuel bajo la mirada y dijo que lo estaba pensando.
-Piensa rápido porque mañana es la fecha, le dijo Andrés.

Andrés había estudiado con Samuel en el mismo salón, pero había dejado los estudios y ahora vagaba por aquí y por allá. A veces se iba fuera del pueblo por meses y volvía cada vez más avispado y hablando más rápido. Decía que había ido a la ciudad y que allí vio muchas cosas. A veces invitaba cosas a sus amigos, siempre tenía plata.

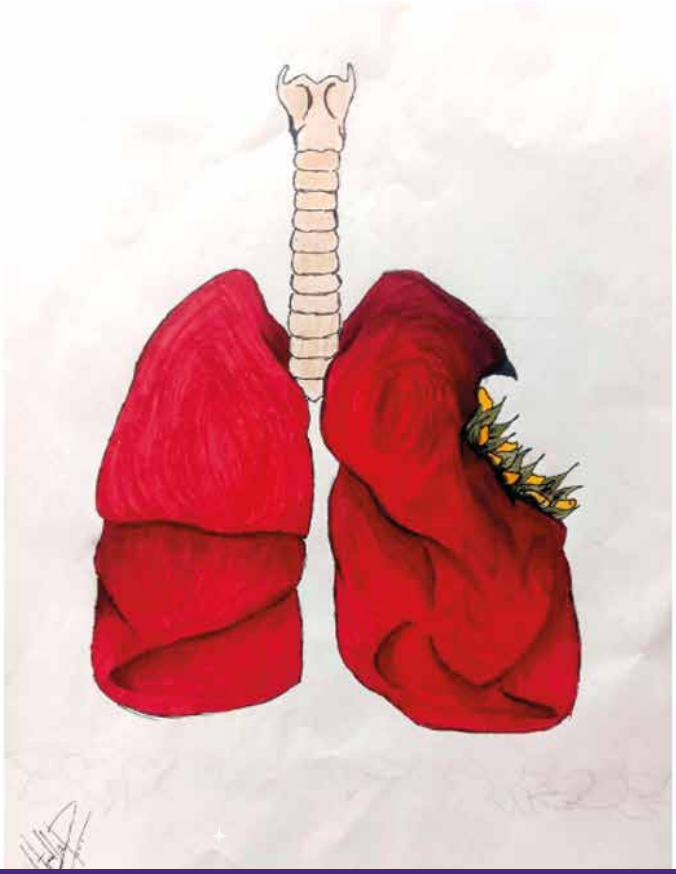
El día anterior, Andrés se encontró con Samuel, este le dijo que su mamá no tenía mucho dinero, que con las justas podían vivir, pero ella le insistía en que tenía que estudiar, pues eso le cambiaría la vida, sería alguien, a diferencia de ella que ni siquiera sabía leer ni escribir. Entonces Andrés le dijo que, si no tenía dinero, que se fuera con él a la ciudad, a Lima, donde había mucho trabajo y podría enviar plata a su mamá.
- Pero no puedo dejar el colegio -dijo Samuel.
- El colegio no te da nada, es solo gasto. ¡Vámonos! -replicó Andrés.

La propuesta de tener dinero y salir de la pobreza era muy tentadora para Samuel. Su mamá y él lo necesitaban y estudiando no parecía poder conseguirlo. En eso pensó toda la noche. Dejar el colegio e irse a Lima, pero también pensaba en lo que siempre le dijo su mamá, que estudiara, que eso cambiaría su vida, que sea un profesional, alguien en la vida, que lo hiciera por ella, que ella trabajaría en lo que sea, pero que estudiase.

Andrés y Samuel salieron de Angorragra y se fueron por las chacras. Andrés tenía una resortera y se fueron a matar pajaritos. Así pasaron las horas hasta el mediodía. Samuel dijo que tenía que volver a su casa.

- No te olvides, mañana te espero a la 6 de la mañana en el pueblo. A esa hora salen los carros hasta la carretera central y de ahí a Lima -insistió Andrés. Samuel solo asintió con la cabeza, pero sin ninguna convicción.

En su casa estaba su mamá, siempre con su cara de preocupación por la falta de dinero. Había cocinado un caldo de papás y su cancha. Le preguntó cómo le fue al colegio. Él dijo que normal, lo de siempre. Su madre lo miró con cariño y le dijo que estaba orgullosa de él. Que siguiera estudiando, que se esforzara, porque más adelante, la vida le daría bastante. Samuel se sintió mal por mentirle a su madre y por fallarle. Sin embargo, cuando ella se le acercó y lo abrazó fuerte, con mucho amor, cariño y con lágrimas en los ojos, supo que no podría fallarle, que no estaría en el pueblo con su amigo, sino cambiándose para ir al colegio, tal como deseaba su madre.



Una historia

Autor: Jhael Saim Cuba Ravichagua
Edad: 14 años
Región: Junín
Ilustradora: Antonella Romina Pérez Badoino
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: salud; familia; educación.

En la comunidad de Huayhuay vivía una familia de agricultores. Ellos se dedicaban al cultivo de papa, olluco y mashua. No generaban grandes ingresos, pero tenían lo suficiente para cubrir sus necesidades. Sin embargo, ellos también ahorraban pues participaron de una charla de ahorro y sabían de su gran importancia. La pareja de esposos siempre había deseado tener un hijo y no lo conseguían.

Un día mientras trabajaban en la chacra, el señor José sintió un dolor fuerte en la espalda y él, para seguir trabajando, no se lo comentó a su esposa Clara. Cuando llegaron a casa, el dolor empezó a ser cada vez más fuerte y ahí fue donde recién se lo comentó. Ella, preocupada, lo llevó a la posta médica, en donde le dieron unos analgésicos que calmaron el dolor, pero solo momentáneamente.

Pasaron las horas y el dolor intenso hizo que el señor José acuda a emergencias del hospital más cercano, el cual se encontraba en La Oroya. Allí le detectaron un pulmón dañado. Lamentablemente, en el hospital no contaban con el personal y equipo adecuado para su operación, así que lo derivaron de inmediato a la ciudad de Huancayo para intervenirlo de urgencia en una clínica particular. Clara tuvo que gastar todos los ahorros que tenían.

Tras la operación que salvó la vida de su esposo, Clara se dio cuenta que iba a tener un hijo. La alegría nuevamente llegó a su hogar, pero viendo que la cosecha de la papa no iba a salir hasta la próxima temporada, los esposos no sabían qué hacer.

Una tarde el personal del programa Juntos los llamó para que se afiliaran. Una vez inscritos, los gestores locales les explicaron que ellos recibirían un bono cada dos meses, como apoyo económico para la salud y educación del niño que venía.

También les dijeron que Clara tenía que ir a sus atenciones durante el embarazo y luego de que naciera tenía que llevarlo a sus controles de crecimiento y desarrollo y, a partir de los 3 años, al nido, sin olvidar sus vacunas. Después, su pequeño hijo debería continuar sus estudios primarios, secundarios y al concluir podría seguir estudios superiores.

“¿Qué le parece señora?” -Le preguntó el gestor local.
“Me parece increíble, así por fin podré ayudar a mi hijo para ser mejor cada día. Muchas gracias por esta oportunidad” –respondió Clara muy agradecida.

Y es así como volvió la felicidad a su hogar, con la llegada de su hijo Hugo y con una nueva oportunidad que le presentaba la vida.

La pérdida

Autora: Tracy Xiomara Reyes Fernández
Edad: 16 años
Región: La Libertad
Ilustradora: Camila Gabriela De la Cruz Torres
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: maternidad; familia; salud; consecuencias.

Quién iba a pensar que cuando todo te está yendo bien, de pronto Dios pone un obstáculo muy doloroso, que deja huellas en el alma para siempre…
Una tarde muy fría, Soledad estaba en su casa preparando la cena. Al caer la noche, ella ya había acabado de cocinar y empezó a servir los alimentos.
- Priscila, ayúdame a alcanzar los cinco platos -le pidió a su hija mayor cuando todos ya estaban sentados.

Aquella noche Soledad no quiso cenar. Tenía náuseas y mareos. Sus hijos y su pareja se alarmaron pensando que podría estar enferma. Los días pasaron, pero ella seguía con esos malestares. Además, tenía antojos. Eso hizo sospechar a todos que lo que tenía no era una enfermedad, sino un regalo de Dios.

Pasaron tres días y fue a que le saquen un análisis de sangre para saber si estaba o no embarazada.

Los resultados confirmaron todas las sospechas:
- ¡No puedo creerlo, estoy embarazada! -dijo entusiasmada.

Al llegar a su casa lo contó a su familia y todos gritaron de alegría, aunque sabían que no iba a ser tan fácil, ya que en esos momentos no contaban con mucho trabajo y la poca plata que tenían se estaba agotando.

Dos meses después, al notar que la plata se acababa muy rápido, intentó realizar algunos trabajos desde casa y no tuvo mejor idea que lavar ropa, a pesar de ser una tarea agotadora. Aunque era consciente que en su estado el esfuerzo físico no era lo más recomendable, necesitaba tener un ingreso para su familia.

Así pasaron las semanas y meses, trabajando duramente lavando ropa y al pendiente de sus tres hijas, quienes estudiaban en el colegio. Sin embargo, olvidó lo más importante en su estado: acudir a sus controles prenatales. Tenía ya cuatro meses de embarazo y nunca fue a la posta.

Una tarde, cuando sus hijas no estaban en casa, se le antojó comer pollo a la brasa, pero no tenía dinero. Su pareja en esos momentos estaba trabajando cuando recibió la llamada angustiada de Soledad, diciéndole que tenía ese antojo. Él le prometió que cuando llegase a casa le llevaría el pollito. Como para engañar al antojo, se comió un chocolate, pero la idea del pollo a la brasa no se le iba de la mente.

De pronto empezó a sentir dolores en el vientre. Se sentía muy mal así que se recostó en la cama. Al llegar su pareja a casa y verla tan mal, la llevó de inmediato a la posta. El miedo y la desesperación se apoderaba de ambos padres.

Lamentablemente, Soledad perdió a su bebé. En su familia todos quedaron devastados con la pérdida.

Pasaron días muy dolorosos y ella estaba muy lastimada, tanto física como emocionalmente. El bebé ya había sido enterrado y Soledad se consolaba pensando que se encontraba en el cielo, al lado de Dios.

Su familia sabía que, aunque el dolor era muy fuerte, debían seguir adelante, así como ella lo hizo.

Un año pasó desde aquel incidente y, como si fuera una nueva oportunidad, Soledad resultó nuevamente embarazada, pero esta vez supo cuidarse muy bien e ir a todos sus controles. A los 9 meses exactos, nació una hermosa bebé que trajo mucha felicidad y alegría al hogar.

Sin embargo, Soledad aún recordaba al bebé que perdió. Era un varoncito, el primero de la familia. Le gustaba pensar que seguramente Dios tenía otros planes para él y que su pequeña la ayudaría en el hogar y estaría más tiempo a su lado.

Tras su dolorosa experiencia, ahora aconseja a todas las gestantes a ser responsables con sus controles y su alimentación desde el momento en que se enteran que tendrán un bebé, para así poder tener un embarazo sano y a un bebé fuerte. Ya son siete años de su pérdida y no olvida a ese varoncito, pero a pesar de ello se siente muy feliz con sus cuatro niñas.

Juntos con el pueblo

Autora: Ada Isabel Ruiz Yauce
Edad: 16 años
Región: Lambayeque
Ilustradora: Génesis Sarai Burgos Winder
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: familia; infancia.

Hace unos años, en un pueblito alejado llamado Salas, las personas vivían en medio del caos, la violencia y la pobreza. Las mujeres se embarazaban a los 14 o 15 años, sin tener la posibilidad de terminar sus estudios secundarios. Sus parejas, tan jóvenes como ellas, las dejaban a su suerte desde muy temprano para conseguir trabajos esporádicos.

Los jóvenes en Salas generalmente realizan trabajos de carga pesada. Llegaban a sus hogares golpeados, adoloridos y con rasguños. Con el transcurso del tiempo, esas cicatrices quedaban como marcas de experiencia.

Los adolescentes, no tenían la guía de sus padres. Con suerte iban al colegio, pero no aprendían nada. Muchos enfermaban porque estaban mal alimentados. La anemia y la desnutrición eran moneda corriente en el pueblo y parecía que a nadie le importaba.

Unos años después, un grupo de personas que se preocupaban por el bienestar de los más necesitados, se hizo presente en el pueblo. "Nosotros somos integrantes del programa social Juntos y estamos aquí para brindar apoyo a los hogares más vulnerables del distrito de Salas", dijeron.

Ellos dieron charlas a todos los padres de familia. Mencionaron que este programa social del Estado brindaría apoyo económico a todos los hogares en situación de pobreza y pobreza extrema, pero pusieron una condición: que todos los niños de Salas sean llevados por sus padres a los centros de salud y que asistan todos los días al colegio.

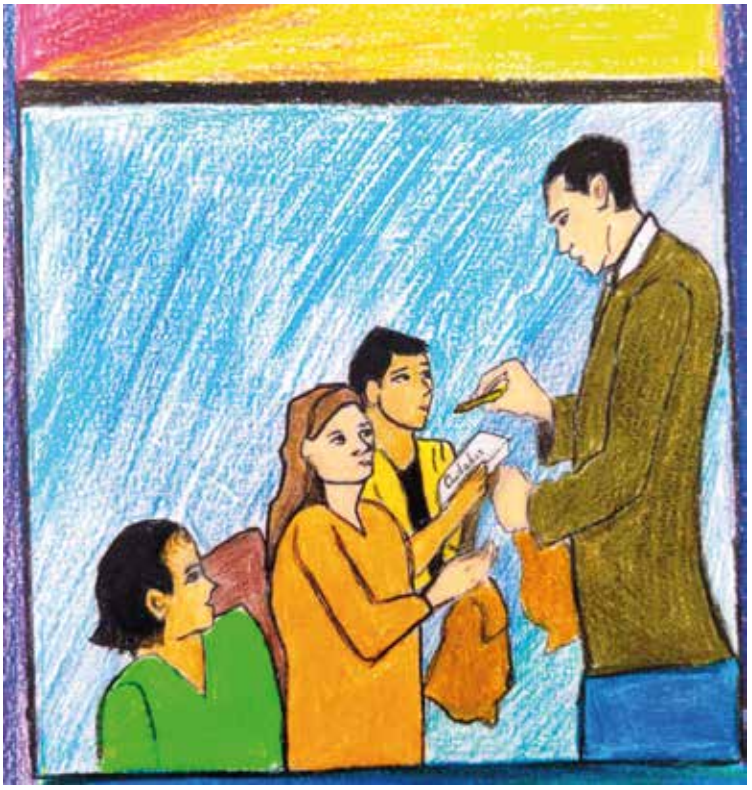
Poco a poco, las madres de familia se dieron cuenta cuán importante es llevar a sus hijos a los controles de crecimiento y desarrollo, que tengan sus vacunas al día y, sobre todo, que vayan al colegio para que sean personas de bien. Además, las gestantes entendieron que debían asistir a sus controles médicos para asegurar que sus bebés nazcan fuertes y sanos.

Con el apoyo que recibían de Juntos, los niños crecían mejor alimentados, aprendían mucho más las clases del colegio y sus padres entendieron que debían estar siempre cerca a sus hijos, para guiarlos y aconsejarlos.

El Programa se tomaba el tiempo de enviar al encargado del distrito para comprobar que las familias cumplan con los compromisos de llevar a sus hijos a los centros de salud y enviarlos al colegio.

Con el tiempo, las cosas empezaron a cambiar en Salas. Los niños eran más sanos, iban al colegio y el embarazo adolescente se redujo. Por su parte, los padres se volvieron más responsables con sus hijos y algunos hasta se animaron a lanzar pequeños emprendimientos para mejorar la vida de sus familias.

Hoy en día Salas es un lugar próspero, de gente trabajadora, sana y feliz.



La familia de Kaira

Autora e ilustradora: Kiara Greyci Macasana Javier
Edad: 14 años
Región: Lima Provincias

Etiquetas: familia; infancia; mascotas; salud; covid 19.

Kaira era una niña alegre, divertida y muy inteligente. Le encantaba estudiar y amaba ir al colegio, pero tenía un gran problema: vivía lejos de su centro educativo. Todos los días Kaira caminaba durante más de una hora para llegar a su colegio.

A Kaira le encantaba los dulces. Comía muchos caramelos y galletas, por lo que al poco tiempo empezó a sentir dolor en los dientes. Su mamá, Dalia, la llevó al distrito de Chilca, donde conocía un dentista de confianza, que curó los dientes de la pequeña.

Como recompensa por haber sido valiente en la visita al dentista, Dalia le regaló a su hija un lindo cachorro al que llamaron Ozain. El perrito era muy juguetón y cariñoso. Todos los días esperaba a Kaira en la puerta de la casa.

La niña Kaira cursaba el primer grado de primaria en el colegio "San Martín de Porres" de Matará. Al salir del colegio ayudaba a su mamá Dalia en los quehaceres del hogar. A Kaira le gustaba mucho pastear a los chivos y carneros junto a su tía Mariana. Así pasaban los días, las semanas y Kaira acudía en compañía de su mamá al puesto de salud para realizarse sus controles y vacunarse puntualmente para no enfermarse.

Cuando tenía 8 años, la familia de Kaira se mudó al distrito de Langa, en Huarochirí. La pequeña tuvo que asistir a otra escuela y conoció nuevos compañeros, adaptándose bastante bien a los cambios

Pasaron días, semanas y meses y justo cuando estaba a punto de retomar sus clases, le dieron la noticia que no volvería al colegio. Un extraño y muy contagioso virus, llamado COVID-19, había llegado al país y empezó a contagiar y matar a muchas personas.

Kaira, se puso triste, debido a que no iba a ver a sus amigos. No podía salir a la calle y las pocas veces que lo hacía, debía ponerse una incómoda mascarilla, desinfectarse con alcohol y evitar acercarse a cualquier persona.

Las clases se volvieron virtuales. Todo era diferente para Kaira, por lo que se sentía algo extraña. Ella cursaba el sexto grado de primaria y tenía 12 años. Poco a poco, se fue adaptando a los cambios y procuraba seguir todos los protocolos para evitar contagiarse.

Más adelante, su mamá se embarazó. La señora Dalia, cumplía con todos sus controles en la posta hasta que nació Sebastián, el hermanito de Kaira.

Así pasó el tiempo y las clases virtuales continuaron. Kaira y su familia cumplían con todas las atenciones en el puesto de salud. Llegó el año 2021 y el virus aún seguía, pero como Kaira, ya se había acostumbrado, siempre se esforzaba en sus clases.

En el año 2022, el COVID-19 disminuyó y se retomaron las clases presenciales. Ahora Kaira cursa el segundo grado de secundaria con 14 años de edad. Estaba emocionada de volver a ver a sus compañeros y se esfuerza mucho porque ella sueña con ser una profesional para ayudar a su familia.

Mamá Laura

Autora: Nardith Oliveira Cuipano
Edad: 13 años
Región: Loreto Iquitos
Ilustradora: Karla Valentina Peñaloza Alan
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: pesca; animales, maternidad.

Era una mañana fría en la comunidad de San Juan de Cumaceba. Algunas personas ya se dirigían a la orilla de la quebrada Juanache, para preparar sus botes y sus motores. Eran las 4 de la mañana cuando se escuchó en el altavoz del pueblo que el bote de Don Shanti estaba a punto de salir rumbo a Tamanco, un viaje de cinco horas de navegación. Don Shanti tenía el bote más grande y tenía un techo con hojas de irapay.

La señora Laura Tamani vivía en la última casa de la comunidad y su esposo era José Shupingahua. Ellos también viajarían a Tamanco en su bote. Laura y José tenían tres hijos: Carlos de 12 años, que cursaba el sexto grado de primaria y era el que ayudaba a su padre en las labores de pesca y cultivo de plátano en la pequeña chacra que tenían al otro lado de la quebrada. María de 8 años que ya cursaba el segundo grado de primaria, ayudaba a Mamá Laura en las labores domésticas en la casa.

La casa contaba con tres espacios, dos cuartos y una sala en donde estaba también la cocina y el comedor, que contaba con una mesa y dos bancas largas cortadas con motosierra.

El menor de los hermanos era Marco, de apenas un año, quien era la alegría de la casa por las ocurrencias y travesuras que hacía. Esa mañana era especial porque llegaba la avioneta a Tamanco y Mamá Laura estaba contenta y entusiasmada.

-Apúrense que vamos a llegar tarde, papá José ya está esperándonos en el bote, Carlos, no te olvides de traer el remo –decía Mamá Laura, quien era la organizadora del viaje.

-Ya lo encontré, mamá –dijo Carlos con voz soñolienta. Era un remo de cumaceba que tenía un poco más de 5 años y estaba quiñado en uno de sus lados, pero aún servía muy bien.

Todos subieron al bote y se ubicaron en sus respectivos lugares. Papá José iba atrás, conduciendo el motor, en el medio iba Mamá Laura sujetando a Marco en sus brazos y a su costado derecho María, quien sujetaba una vieja sombrilla que servía para protegerse de la lluvia y el sol. Adelante, en la proa, se sentaba Carlos y junto a él estaba el remo que lo utilizaba para ayudar a su padre a direccionar el bote al pasar por sitios esquinados de la quebrada.

Era un viaje largo hasta Tamanco, pero todos estaban contentos porque no era en vano. Sabían que cobrarían sus abonos. La quebrada del Juanache se vio invadida de botes y el ruido de motores ahuyentaba a los animales que se encontraban cerca de la orilla.

-Mueve la olla un poco a la derecha –decía papá José- para hacer contrapeso y no virar a la izquierda.

La familia llevaba una olla grande que en su interior contenía dos majases grandes y compuestos que papá José había cazado en el monte un día antes para venderlos en Tamanco o poder comerlos -si sobraba- en el almuerzo en casa de tía Josefina Tamani, hermana de Mamá Laura, que tenía su casa en Tamanco desde hacía dos años.

Finalmente, la familia llegó a Tamanco a las diez de la mañana y diez minutos más tarde se escuchó el ruido de la avioneta que traía los abonos para las familias del programa Juntos, acercándose.

Mamá Laura era una mujer que amaba a su esposo y a sus tres hijos. Siempre estaba pendiente de las fechas de sus atenciones en salud de su hijo Marco y en la educación de sus hijos Carlos y María. No permitía que falten a clases.

Un día sábado papá José tuvo que ir al monte a cortar unas tablas para cerrar la parte de la cocina y fue acompañado por Don Shego, que era todo un experto aserrando madera. Los niños se quedaron en casa para que Mamá Laura los ayude con las tareas escolares, sobre todo a Carlos, que cursaba el sexto grado de primaria y tenía problemas con las matemáticas. Mamá Laura trataba de ayudarle con lo poco que sabía, ya que ella solo había estudiado hasta el sexto de primaria.

-Uy, hijo, tienes que poner atención a todo lo que te enseña el profesor Jorge, este tema de conjuntos ya no me acuerdo. Te voy a dar de tomar masato con su huevo de gallina para tu cabeza –decía Mamá Laura y todos reían.

La casa tenía un árbol de zapote en la huerta y los zapotes ya estaban maduros, pero no se podían coger porque estaban muy alto. Mamá Laura se atrevió a subir para cogerlos, cuando al tratar de alcanzar el último fruto, resbaló y cayó al suelo de espalda. Los niños gritaron y vieron que Mamá Laura botaba sangre por la boca.

Papá José con Don Shego ya se encontraban cerca cuando escucharon los gritos, corrieron rápido y encontraron a Mamá Laura tendida en el suelo y de inmediato la trasladaron a la posta de Tamanco en donde falleció. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de la comunidad.

Papá José se sentía triste y preocupado a la vez.
-Ahora tenemos que salir adelante sin Mamá Laura, dijo papá José mientras trataba de hacer un pango de boquichico para el desayuno.

Tiempo después papá José conversó con el gestor local de Juntos sobre el terrible suceso, pues era su esposa a quien el programa social le pagaba por cumplir con llevar a sus hijos a los centros de salud y enviarlos al colegio.

-No se preocupe, señor José, podemos hacer un cambio de titular, solo debe presentar el Acta de Defunción para que sea usted el nuevo titular y seguir apoyando a sus hijos -le explicó el gestor apenado por el fallecimiento de Mamá Laura.

-Muchas gracias. Tengo una duda, ¿cómo puedo hacer con mi hijo Carlos? El próximo año va a secundaria y aquí en San Juan de Cumaceba no contamos con escuela del nivel secundario -preguntó preocupado Papá José.
-La solución sería que su hijo Carlos estudie secundaria en la capital del distrito, en Tamanco, allá sí hay secundaria y podría dejarlo bajo la tutoría de algún familiar.

Tres semanas después de la muerte de Mamá Laura, se escucharon rumores respecto a que una boa gigante surcaba las aguas de la quebrada. Muchos moradores estaban aterrorizados y temían encontrarse con la enorme serpiente.

Cierta mañana, Papá José fue a pescar en la cocha con Carlos, dejando en la casa a Marco en cuidados de su hija María. La cocha quedaba a veinte minutos detrás de la comunidad. Todo estaba muy calmado mientras Papá José y Carlos ponían las redes al costado de la orilla, cuando de pronto, se escuchó un ruido muy fuerte en el agua. Ambos presenciaron que un enorme lagarto negro luchaba con una boa gigante. La boa era una enorme anaconda que enroscaba al lagarto sumergiéndolo en las aguas profundas de la cocha. Papá José y Carlos estaban muy asustados y volvieron rápido a la comunidad contando lo sucedido a todas las familias.

-Debemos tener cuidado y creo que ya no deberíamos ir a pescar en la cocha, creo que hay fieras allí y la anaconda es la madre de esas aguas.

Esa misma noche Papá José lleno de preocupaciones y agotado se quedó dormido y por medio de sueños, la enorme anaconda le dijo:

-Estaban en peligro. Si no hubiera estado allí, ese lagarto negro los habría comido a ambos, así que lo sumergí en el fondo. No les digas a nadie que soy yo, ni siquiera a mis hijos. Siempre estaré cuidándolos para que no les pase nada. Los amo mucho.

Cuando Papá José se despertó, asustado, ya era casi de día. No podía creer que Mamá Laura fuera esa enorme anaconda y temía en desobedecer su orden de no contarle nada a nadie, ni siquiera a sus hijos, por el gran miedo que les causaría a ellos y a la población, que a la vez la buscarían para matarla. Debía guardar el secreto.

Era ya el mes de agosto y las aguas de la quebrada estaban en su mínimo nivel, haciendo que se queden estancados muchos putu putus -una especie de guamas con raíces más largas y vellosas- en lugares estrechos, que parecían alfombras de color verde en algunos tramos de la quebrada que dificultaban el paso de los botes.

Papá José tenía que llevar a su control de crecimiento y desarrollo al pequeño Marco en la posta de Tamanco. Sin embargo, los putu putus no le permitieron y tuvo que volver a la comunidad, preocupado de no poder cumplir con la cita de su menor hijo. Nuevamente esa noche, Mamá Laura le habló a Papá José por medio de sueños.

-Mañana sí podrás llevar a nuestro hijo a su control en la posta. Haré un camino entre esos putu putus y solo debes seguir la línea formada en el agua por donde pasaré de madrugada librando los putu putus.

Efectivamente a la mañana siguiente, Papá José y sus hijos se dieron cuenta que podían pasar por los espacios libres que se habían formado gracias a la enorme fiera y pudieron llegar a Tamanco, para que su hijo Marco sea atendido por el personal de salud.

La enfermera agradeció el esfuerzo de Papá José de cumplir con las atenciones de su hijo, felicitándolo por cumplir con las fechas programadas. Papá José quería contar a la enfermera por todo lo que tuvo que atravesar para llegar allí y la historia de la anaconda gigante que era la reencarnación de Mamá Laura, que ella también se preocupaba por la salud de todos y que los vigilaba y cuidaba, pero no podía, debía guardar el secreto y no decírselo a nadie.

Era el mes de enero y tanto María como Carlos habían aprobado sus cursos y Papá José estaba muy pensativo por el futuro de su hijo Carlos, ya que en San Juan de Cumaceba no había secundaria y evaluaba si debía dejarlo en cuidados de su tía Josefina o mudarse todos a vivir en Tamanco.

Le embargaba una nostálgica tristeza de tener que abandonar la casa y a sus amigos de San Juan de Cumaceba, pero tenía que hacerlo para que sus hijos continuaran con sus estudios y sería más fácil llevar a Marco a la posta.

Cierta noche de enero, Papá José volvió a soñar con Mamá Laura, pero esta vez la veía más distante y ya no en forma de serpiente, sino como mujer normal y vestida de blanco. Irradiaba una luz brillante y le decía:

-Escucha bien, porque esta es la última vez que te hablo. Ya no me verás más, porque me voy a otro mundo. Lleva a los niños a vivir en Tamanco, allá te esperará un mejor futuro para ti y mis hijos. Ya le dije a mi hermana Josefina que irás. Matricula a Carlos en secundaria y a María en primaria, y no te olvides de llevar a Marco a todos sus controles en la posta para que puedan seguir recibiendo los abonos del programa Juntos. Yo siempre los cuidaré y espero que no me olvides, mi amor. ¡Adiós!

Papá José veía en sus sueños cómo la imagen de Mamá Laura se alejaba poco a poco, hasta desvanecerse como si fuera una luz intensa que iba apagándose poco a poco.

Papá José hizo lo que le pidió Mamá Laura. Dejaron la casa vacía y fueron a vivir a Tamanco, cumpliendo con matricular a sus hijos en el colegio y llevarlos a sus atenciones en la posta de salud.

Un año después se casó con una hermosa Tamanquina de nombre Rosa Urquizo, que también quería mucho a sus hijos, pero nunca olvidó a Mamá Laura, que los cuidaba y amaba con todo su corazón.

Martín y el monito de la cueva

Autor: Teimer Jesús Flores Díaz
Edad: 14 años
Región: Loreto Yurimaguas
Ilustradora: Patricia Allison Quispe Puza
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: monito; educación; esfuerzo.

Martín, un niño que vivía en una comunidad nativa de Loreto, iba todas las mañanas a la montaña más alta para encontrar señal de internet y poder hacer las tareas que le dejaban en la escuela. Lo hacía en un descuido de su vecino, pues tenía que atravesar su terreno para poder llegar. Su vecino era un hombre renegón al que no le gustaba que pasen por su propiedad porque asustaba a sus gallinas.

Un día, Martín intentó incursionar en el terreno prohibido, pero no pudo porque su vecino estaba alimentando a sus gallinas. Entonces, tuvo que ir por otro camino, bordeando el terreno, llegando hasta una cueva. Desde fuera pudo escuchar un sonido extraño, como si fuera un llanto. Al entrar, descubrió la casa de un gracioso monito que se sobaba la pata derecha y hacía gestos de dolor. Martín se acercó mientras pensaba que el destino lo había guiado hasta allí para ayudar al pequeño mono.

"Vamos, amigo, no temas, te ayudaré" - le dijo con voz amigable.

Así, hablándole con suavidad, Martín logró ganarse la confianza del pequeño monito. Al estar más cerca de él, pudo ver que tenía incrustada en la pata una gran espina. Se la extrajo con mucho cuidado y luego le lavó la herida con agua fresca de una quebrada que cruzaba cerca de allí.

Martín no quiso abandonar a su nuevo amigo así que decidió pasar la noche en la cueva para poder cuidarlo. Al día siguiente, su mamá junto a varios pobladores de la comunidad, buscaban desesperadamente a Martín, a quien encontraron de camino a casa.

Pasaron unos días y Martín seguía preocupado por el monito de la cueva, pero ya su mamá le había advertido que no vuelva a ir por ese camino porque era muy peligroso y que, si necesitaba ir a buscar internet, tenía que hacerlo como antes, cruzando la casa del vecino gruñón.

Para evitarse problemas, su mamá fue a hablar con el vecino para pedirle que le permita a Martín cruzar por su terreno. Grande fue la sorpresa de Martín cuando, al ingresar al terreno del vecino, pudo verlo jugando con el monito al que ayudó en la cueva. El macaco lo reconoció y rápidamente se trepó del brazo del niño y lo abrazo muy fuerte.

El dueño del terreno se sorprendió al ver la reacción del monito que era muy tímido con personas extrañas. Martín le cuenta cómo conoció al pequeño simio y lo que hizo para ayudarle con la herida que tenía.

Al conocer la historia, el vecino le agradeció por haber salvado la vida de su monito ya que era el único que lo acompañaba en su casa y le dijo que le pida lo que quiera por haber ayudado a su pequeña mascota. Martín solo le pidió dos cosas: que le diera permiso para visitar al monito de vez en cuando y que le permita pasar por su terreno para llegar hasta la cima de la montaña y encontrar la señal del internet que necesitaba para poder hacer sus tareas.

Su vecino, que ya no parecía tan gruñón, le dijo que no solo le permitiría visitar al mono y pasar por su terreno, sino que, además, le ofrecía construir una pequeña casita para que se proteja de las lluvias que a veces caían por la zona.

Al día siguiente, el vecino llamó a varios hombres de la comunidad para que lo ayuden a construir la casita en la cima de la montaña. Todos llegaron muy contentos con sus herramientas, porque les parecía loable que el jovencito tuviera tanto empeño por estudiar.

Martín estaba decidido a tener buenas notas, pues el gestor del programa Juntos le había dicho que, si obtenía buenas notas, podría lograr una beca de estudios superiores y ser un gran profesional. Ese era su sueño y estaba decidido a lograrlo.

Al final del túnel está Juntos

Autor e ilustrador: Abel Donato Quispe López
Edad: 13 años
Región: Pasco

Etiquetas: educación; infancia; deportes.

Hola, me llamo Alex, tengo 11 años y estoy en la escuela. Tengo 2 hermanas mayores que yo. Mi pueblo se llama Ninacaca y el barrio donde vivo ahora es Chasquitambo. Siempre viví con mi mamá, mi hermana mayor se fue a vivir una temporada con mis abuelos maternos porque en casa mamá no podía mantenerla. Yo quise irme con ella. Felizmente al poco tiempo volvió.

Siempre quise estar al lado de mi hermana porque ella no me negaba nada. Siempre me traía un dulce cuando regresaba de la universidad y a pesar de llegar muy cansada, jugábamos juntos. Eso suena difícil, no entiendo cómo ella puede andar tan tranquila estando en la universidad, si yo apenas logro captar la clase de matemáticas y me toma bastante tiempo asimilarlo. Mi maestra ya subió el nivel de dificultad y eso hace que me quiten las ganas de repasar.

Mi hermana mayor insiste en que estudie las lecciones y sacrifiqué mis horarios de diversión. Sé que ella lo dice para que yo mejore y se me haga más fácil aprender, pero la verdad es que prefiero jugar con mis amigos en el patio de recreo.

Una mañana, cuando la maestra llegó tarde a clases por un paro que hicieron los agricultores, nos pusimos a jugar fútbol frente a nuestro salón. Yo era el arquero, y nos enfrentábamos al equipo de José, el mejor jugador de todo el cuarto grado.

Pero nosotros también teníamos nuestras "armas". Miki era nuestro mejor jugador. Con José como oponente, cada recreo era una final. Y en aquella ocasión, me acuerdo perfectamente, hizo un disparo desde muy lejos, pero la pelota no entró al arco. Ellos celebraron en nuestras caras como si hubiera sido gol. Entonces empezó la discusión.

Miki, el más terrible de todos nosotros, se enfrascó en una discusión con José, asegurando que la pelota nunca entró. Cuando estaban a punto de irse a las manos, llega nuestra maestra a calmar las aguas.

Nuestros días pasaban así, entre las clases y los partidos del recreo. En mi casa la cosa era distinta. Solo veía a mi mamá en las mañanas, cuando me alistaba para ir a la escuela y ella se prepara para ir a algún trabajo eventual. Siempre me decía que ya tomó el desayuno, pero creo que nunca desayunaba.

El dinero siempre fue un problema para nuestro hogar. Vi llorar a mi madre muchas veces porque estábamos ajustados por la plata y se acercaban las fechas para pagar las cuentas. No había cómo solucionarlo.

Hubo un tiempo en que mi mamá, Ana, iba todas las tardes de vecino en vecino a ver si alguien se compadecía de ella y de nosotros, que aparte de pobres, éramos huérfanos de padre. Su única intención era pedir prestado algo de plata, que tanta falta nos hacía, para después pagarles poquito a poco, porque no había mucho trabajo para mujeres en aquellos años.

Fue a visitar a sus amigas del colegio. Tenía plena confianza en que ellas no le darían la espalda por la amistad y las locuras que cometieron estando en el mismo salón. Me acuerdo perfectamente de una tarde de lluvia en diciembre. No faltaba mucho para la navidad. Ella hizo el recorrido de siempre, mientras yo la veía desaparecer en la esquina. Sentía más miedo que ella porque en el fondo sabía que no traería ninguna moneda, ni ninguna buena noticia.

Mamá iba con una templanza a prueba de balas. Les pedía ese favor, pero todos ponían excusas y pretextos. No los culpo, nadie se pone en el pellejo del otro cuando está en problemas. Todos buscamos nuestro propio bienestar y punto.

Aquella tarde de diciembre, cuando mi madre volvía con las manos vacías, no encontró a Karen, mi otra hermana. Ella se largó con un tipo. Mi mamá sintió morir. Dijo que ya no podía con el peso de llevar ella sola un hogar con hijos y con deudas. Maldijo que mi padre falleciera y que la mala suerte nos tenía por el pescuezo. Las cosas no se podían poner peor para nosotros.

Así estaba la casa, con deudas que crecían y que venían a cobrarnos puntualmente. Como el dinero no aparecía, empezamos a pensar en varias cosas. A mi hermana mayor se le ocurrió que podríamos vender gelatinas. No era tan difícil y tendríamos algún ingreso. A mí me pareció buena idea porque en una ocasión mi madre lo hizo para mi salón y yo me comí más de una. Además, hacer esos postres siempre me divertía.

Mi mamá seguía apenada por Karen. Se fue sin dinero y con la carrera de contabilidad a medias. Ella no sabe lo que se sufre, repetía mi madre.

Nosotros estábamos tranquilos porque ella lo amaba. Se fue por amor, porque quería tener una vida tranquila, sin sufrimientos, ni penas, a hacer su propio dinero y progresar, que era lo que tanto quería.

Como dije, mi hermana mayor y yo, teníamos un plan: vender gelatinas y con el dinero de las ganancias ayudar en los gastos y deudas que teníamos. No podíamos dejar a mi mamá sola y más aún cuando ella quería dejar de luchar y darse por vencida de una vez por todas.

Se acercaban los carnavales. Las fiestas de mi pueblo se celebraban en todos los barrios con los famosos cortamontes y las presentaciones que hacían, a manera de verbena, antes del comienzo de todas las festividades.

Estábamos entusiasmados desde una semana antes porque nos habíamos hecho la idea de que venderíamos todo y de paso veríamos las danzas y esos fuegos artificiales que tanto me gustan.

Mi madre se contagió de la idea y propuso vender salchichas por las noches. Salté de alegría como si yo fuera a comerme todo, pero en realidad me alegró ver a mi madre con una luz de optimismo después de tanto tiempo.

Así nos pusimos manos a la obra. El trabajo fue arduo porque no teníamos los medios para hacer las salchichas. Acá le llamamos "panchitos". Supongo que lo llaman así en honor a un señor llamado Pancho que se hizo famoso por hacer estas delicias. La plancha para freír la adaptamos destartalando la cocina. Además, le adaptamos un balón de gas y montamos una carpa.

Estábamos preparados. Acordamos que el precio de cada "panchito" sería de un sol y nos instalamos cuanto antes frente a la plaza, lugar donde se hacen las presentaciones. La noche era fría. Yo tuve que quedarme a cuidar la casa porque mi hermana mayor y mi madre tendrían que salir a vender. Un menor de edad no debería andar en la calle hasta altas horas de la noche. Así que me dormí más tarde de lo normal, no por estar preocupado, sino porque me quedé viendo la televisión hasta muy entrada la noche.

Al día siguiente, cuando me acerqué a la mesa para desayunar, ellas hablaban de todo lo ocurrido en la fiesta y de lo bien que les había ido en la venta de los "panchitos".

Estaban contentas, cansadas pero satisfechas. Así que planearon mejoras para posteriores ventas y no solo de “panchitos”, sino otras cosas más.

Con el dinero recaudado logramos cubrir el veinte por ciento de las deudas, era poco dinero, pero habíamos encontrado una manera de empezar a salir adelante.

Se acabaron las vacaciones y al volver a clases ocurrió algo extraordinario que cambió nuestras vidas para siempre. Por alguna extraña razón, me acerqué a la dirección porque mi profesora me dijo que le ayudara a trasladar algunos materiales a nuestra aula. Yo que siempre renegaba de los mandados, fui sin quejarme, pero en la puerta de la dirección vi un cartel con un nombre que me llamó la atención y que me repetí y repetí hasta decírselo a mi mamá: “Programa Nacional de Apoyo Directo a los Más Pobres – Juntos”.

Durante toda la clase, el recreo y de camino a casa, estuve repitiendo el mismo nombre. No sé a qué se referirá exactamente, pero algún apoyo tenía que darnos porque nuestro barrio era pobre y nosotros, los más pobres del barrio.

Llegué a casa y antes de decir buenas tardes, con más desesperación que entusiasmo, por miedo a que se me olvidé todo lo memorizado, solté la frase de golpe y esperé a ver la reacción de mi madre. Yo no sabía ni cómo, ni cuándo, ni dónde, pero ese programa parecía ser la solución a nuestros problemas. Ahí claramente decía: "apoyo a los más pobres".

A mi mamá no le cayó mal la idea, así que para despegar dudas y pedir información, fue al día siguiente conmigo a la escuela.

Al llegar se dirigió a la dirección, recomendándome que atendiera a mi maestra y me portase bien. Yo fui corriendo con mis amigos. Me llenaba una sensación de optimismo que antes nunca tuve. Sentía que todo saldría bien, que nuestros problemas económicos desaparecerían y que por fin viviríamos tranquilos, como cuando mi padre vivía.

Cuando llegué a casa, no había comida. Me pareció extraño porque mi mamá siempre me la envolvía en una pequeña ollita que estaba destinada para mí. De pronto, mamá pasó como un haz de luz, buscando algo desesperadamente. No encontraba su DNI.

Ella estaba concentrada y hablando consigo misma, jurando una y otra vez que ella no había movido de lugar el bendito DNI. Al cabo de tantas horas lo encontró dentro de su billetera. Estaba empezando a molestarse porque asumía que se trataba de una más de mis travesuras. Pero yo no fui, lo juro.

Por fin, cuando estuvo más tranquila, me contó en qué consistía aquel programa social. Se llamaba "Juntos" y tiene por objetivo promover el acceso de servicios en salud y educación. La ayuda constaba de un apoyo económico a los hogares más pobres del Perú, pero para que nosotros pudiéramos pertenecer a este programa, debíamos demostrar que éramos pobres. Eso no era difícil. Cualquiera que visitara nuestra casa se daría cuenta de lo pobres que éramos.

Tuvimos que estar sometidos a una exhaustiva evaluación. Los gestores de Juntos vinieron a inspeccionar las condiciones de nuestro hogar y a requerir una serie de documentos que ni sabía que existían.

En todo este tiempo estuvimos con el Jesús en la boca, esperando que todo salga a nuestro favor para poder alivianar el peso de las deudas que seguían latentes en nuestros días.

Para la buena suerte de nosotros, uno de los gestores que vinieron a nuestra casa, Luis, supo de primera mano el estado en que vivíamos porque mi mamá no se cansó de dar pormenores de todo lo que habíamos vivido y de la situación económica en que nos encontrábamos. Vi que Luis, cuando tomábamos café en el patio, derramó unas lágrimas mientras escuchaba a mi madre narrar nuestros pesares.

Él prometió ayudarnos y así lo hizo. Pasaron seis meses hasta que Luis llegó a nuestra puerta con la buena noticia.

Mi madre, sensible como solo ella puede serlo, no pudo contener el llanto y se deshizo en lágrimas de alegría. Por fin, alguien más nos tendía la mano y no sabíamos a quién agradecer. No nos cansamos de abrazar a Luis. Se había hecho nuestro amigo en todo este tiempo.

Su constancia, su empeño y su infatigable trabajo para que nosotros podamos estar en el Programa, hizo que se ganara el cariño de todos nosotros. Le agradecimos infinitamente, pero él decía que todo era gracias al gobierno y a Juntos, que busca ayudar a familias pobres como nosotros.

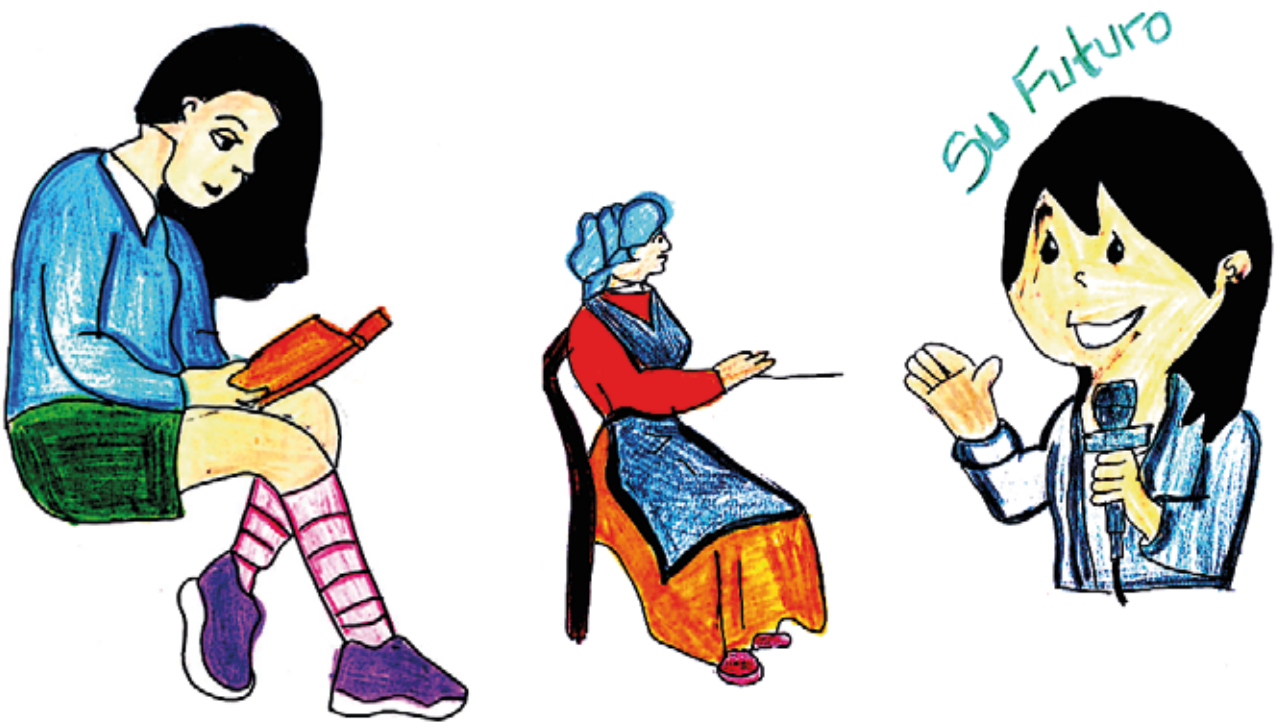
Mi madre alzó los brazos al cielo y agradeció ese gesto del gobierno, de ayudar a familias como la nuestra, madres con muchas bocas que alimentar, que no pueden sostener una familia o casos de hermanos mayores que asumen el rol de padres.

Ya no nos sentimos tan solos para hacer frente a todos los problemas que nos venían agobiando y la ayuda no tardó en llegar.

El programa Juntos le entregó a mi madre un dinero, bajo las estrictas indicaciones de que yo tendría que estudiar sin ninguna objeción y otros petitorios que debíamos cumplir a cabalidad. Eso no era problema, porque mi madre, a pesar de lo mal que nos iba con la plata, siempre me motivaba a que continúe con los estudios.
Ahora menos que nunca pienso dejar de hacerlo. Vamos solucionando nuestras deudas poco a poco y tenemos planeado ahorrar parte de la platita que nos entrega Juntos, para fortalecer el negocio de "panchitos".

Aquel dinero y el programa social, al cual pertenecemos, nos es de mucha ayuda. Mi hermana ya no falta a la universidad y el próximo año se recibe de enfermera. No sabemos qué es de la vida de mi hermana que se fugó. Espero que le vaya bien. Dejó su teléfono y la mayoría de su ropa en nuestra casa. Se escapó a medias y es muy probable que venga a recoger sus pertenencias. Mi madre no pierde la esperanza de que recapacite y regrese con nosotros. No sé mucho de eso, solo quiero ver a mi hermana Karen feliz.

Y en cuanto a mí, estoy contento por la ayuda que nos brinda el programa Juntos. Mi madre me envía comida para el recreo. El arroz y el azúcar ya no escasean en nuestra casa y, sobre todo, estamos al día con el recibo de la luz. Parece que los tiempos están mejorando. Espero que muchas familias como la nuestra, reciban la ayuda del programa Juntos y que personas como Luis, incansables y bondadosos, hagan llegar el Programa a todos los rincones del Perú.



La niña de mis sueños

Autora: Eva Nayeli Pacara Parizaca
Edad: 16 años
Región: Puno
Ilustradores: Eva Nayeli Pacara Parizaca
Ernesto Sanchez

Etiquetas: deportes; naturaleza; salud.

En las faldas del Apu Pukarani, cerca de la laguna de Qulqi Ñawi (Ojos de Plata), en la comunidad de Nicasio, allí donde se escucha el balido de las ovejas, llamas y alpacas y en donde los días son abrasadores por el sol radiante y las noches tan frías como en la Cordillera de los Andes, vivía una hermosa señorita de ojos cafés, cabellos largos y una sonrisa encantadora, de tan solo quince años de edad.

Ella tenía el precioso nombre de Isabella que significa "promesa de Dios". Vivía acompañada de su padre Benigno y su madre Lucía, además de su fiel amigo Tomás, un cariñoso perrito con el que jugaba todas las tardes.

Isabella estaba cursando el cuarto grado de secundaria, le gustaba mucho el área de comunicación e inglés y practicar deportes como el fútbol, vóley y karate. Soñaba con ser una gran periodista. Ella era muy buena estudiante, tenía un gran sentido del humor y se llevaba bien con todos.

Una tarde su madre enfermó. Se sentía muy mal. Al día siguiente, Isabella se fue triste al colegio, estaba pensativa y cabizbaja. No era como otros días en donde era la primera en salir al recreo para jugar con sus compañeros.

Cuando regresó a casa no encontró a su madre, pues la habían llevado al hospital. Intentó distraerse jugando con Tomás y luego se fue a pastar los animales. Al regresar preparó una rica sopa para su madre, pero ella no regresó.

Al llegar su padre, le contó que su mamá estaba muy enferma y que tenían que hacerle más exámenes para saber qué era lo que tenía. Tomaron la sopa callados, sin decir nada. Isabella se fue a la cama y no le dio ganas de hacer la tarea. No pudo dormir en toda la noche por pensar en su madre.

A la mañana siguiente se fue al colegio. Todo el día estuvo pensativa y triste. Los profesores notaron que ya no tenía empeño en los estudios, ni en el deporte. Pasaba más tiempo en el celular, esperando noticias de su madre.

Así pasaron los días, y una tarde llegó su padre y le contó que ya tenían el diagnóstico de su madre: "está enferma de la vesícula biliar", le dijo y agregó que los médicos ya la estaban tratando, pero que pronto entraría a cirugía.

Sin embargo, tenían un problema. Necesitaban dinero con urgencia para pagar la operación. A Isabella se le ocurrió que podía trabajar donde los vecinos, ayudándolos en la chacra, a pastar los animales y también lavando ropa.

El día sábado, su padre la llevó a visitar a su madre. Por fin se reencontraron. Madre e hija se fundieron en un abrazo lleno de lágrimas. Ella le platicó a su madre que ya no va a estudiar, sino que va a trabajar para su operación.

La madre muy triste dijo: "No, hija, tienes que estudiar para ser mejor que yo, para que el sol no te queme día a día y tampoco tengas que sentir mucho frío, heladas, truenos y las fuertes lluvias que azotan el alma, para que no te falte la economía y para que, si te enfermas como yo, tengas dinero para la cirugía. Es muy importante y bueno el estudio, hija mía".

Entonces Isabella llegó a su casa en la tarde y reflexionó. Se puso a estudiar más y también realizó las tareas, aunque seguía preocupada.

La siguiente semana llegó el día de la cirugía, ya que don Benigno logró juntar el dinero necesario. Vendió unas cuantas vacas que tenían. Esa mañana Isabella se la pasó orando para la pronta recuperación de su mamá. Felizmente la operación fue un éxito.

Pasó el tiempo y llegó el día de la alegría para Isabella: su madre volvió a casa. Aún estaba convaleciente, pero en franca mejoría, sobre todo por los cuidados que toda la familia tenía con ella.

Pasó el tiempo e Isabella terminó la secundaria como la mejor estudiante de su colegio. Ella ingreso a la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa (UNSA) y estudió la carrera de Periodismo. No contenta con una carrera, estudió otra: Administración de Empresas. Actualmente Isabella trabaja en su propio emprendimiento.

Y voy por un caminito y por otro, y si este cuento te gustó, mañana ven por otro.

Yo sí cumplo

Autor: Yorbi Miguel Sánchez Rojas
Edad: 13 años
Región: San Martín
Ilustradora: Susana Ashley palma Facundo
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: agricultura; responsabilidades; familia.

Teresa, así se llama mi mamá. Tiene 46 años y es una persona que lucha incansablemente todos los días por llevar el pan a nuestra mesa. Yo soy Tomás, el único hijo de la familia. Mi papá se llama José y se dedica a la agricultura.

_ ¡Ya es hora de levantarte, Tomás!, ¡hoy es lunes y entras temprano a clases, vamos, hijo, a levantarse! -dice la madre de Tomás todos los días para despertar a su hijo.

Tomás, haciendo un gran esfuerzo salta de la cama, la tiende y ordena su ropa de dormir. Luego sale a lavarse los dientes y al pasar por la cocina, saluda cariñosamente a su mamá. - ¡Buenos días, mamita! -dice feliz.

- Buenos días, hijo, vamos a lavarse rápido – lo apura Teresa.
Teresa preparó un desayuno nutritivo para que su hijo pueda rendir muy bien en el colegio. Cuando toda la familia estuvo sentada en la mesa, la madre sonrientemente le preguntó a su esposo cuál era su plan de trabajo para el día.

-Hoy día voy a cultivar el maíz porque las hierbas están cubriendo las plantitas y pueden secarlas – contó el padre.

Por su parte, Teresa comentó que iría a la municipalidad a preguntar si ya les podían sacar la clasificación socioeconómica, pues la encargada le comentó que si la evaluación los consideraba pobres, podrían acceder a los beneficios que otorga el programa Juntos.

Al llegar a la municipalidad, la atendió un señor muy amable que le pidió tomar asiento y le dijo que la próxima semana debería llevar el DNI de su esposo y de su hijo.

-Señora Teresa, la Municipalidad abre sus puertas a partir de la 7:30 de la mañana. Usted puede venir a las 8 de la mañana, para que no descuide el desayuno a su esposo y su hijo -le dijo el encargado.

José estaba en su maizal, cuando de pronto, de un monte, salió a toda velocidad un picuro, un roedor de tamaño medio que vive en el monte. José se abalanzó tras su presa porque sabía que el almuerzo estaba en juego y de un sablazo dejó sin acción al picuro, que quedó entre las pancas de maíz.

Teresa estaba pensativa porque no sabía qué cocinar. "¿Qué invento haré para el almuerzo?", se preguntaba, mientras traía un par de leñas para avivar la tushpa. De pronto una voz fuerte se oyó a varios metros de la casa.

- ¡Teresaaa, Teresiitaaa, mira lo que he cazado!
- Dios mío, ¿qué es?. Ya me vas a dar un infarto.
- ¡Es un picuro, Teresita! ¡Es un picuro! Tendremos comidita para Tomasito -dijo feliz el padre.

-Cielo santo, Dios bendito, la comida cayó del cielo. A prepararla se ha dicho -respondió Teresa.

Ese día fue un día maravilloso para José, Teresa y Tomás, especialmente para Tomás, que después de mucho tiempo comía carne del monte que su madre acompañó con harto inguiri (plátano verde cocido).

Pasaron los días y Teresa, nuevamente tuvo que acudir a la municipalidad para ver si ya tenía su clasificación socioeconómica. La encargada muy amablemente invitó a Teresa a sentarse, mientras revisaba unos papeles.

Teresa estaba muy nerviosa, era la primera vez que realizaba esta gestión y su condición humilde no le permitía conocer un poco más sobre el SISFOH (Sistema de Focalización de Hogares) y esto la tenía muy preocupada.

Al cabo de unos minutos la encargada le dio la noticia:
-Señora Teresa, su familia tiene una clasificación socioeconómica de "pobre extremo". Teresa estaba contenta porque el gestor del programa Juntos le manifestó que uno de los requisitos para obtener el apoyo del Programa era contar con dicha clasificación.

Al regresar a casa, la mujer emocionada se lo contó a su familia y les dijo que ahora solo queda esperar al gestor local de Juntos para que pueda afiliarlos al programa social.

-Ojalá que así sea. Nos vendría muy bien el apoyo que da el Estado -comentó José.

Después de un tiempo, la familia de Tomás tuvo la gran noticia: su incorporación al programa Juntos. Desde ese momento, la mamá de Tomás se informó de todos los compromisos que tiene cumplir para poder recibir sus abonos y ya tenía planeado cómo invertirlo.

Teresa matriculó a su hijo Tomás en la escuela. Lo llevaba a sus controles en el centro de salud de forma periódica. Ahora la buena madre recibe constantemente las felicitaciones del gestor local, que siempre verifica que la familia cumpla con sus compromisos.

- ¡Me siento feliz! -le dijo Tomás a su mejor amigo del colegio.
- ¿Por qué lo dices? -preguntó Juan.
- Porque gracias al programa Juntos tenemos el apoyo que ofrece el Estado -contestó con un rostro sonriente.

- Ah, pero dicen que tienen que cumplir con ciertos compromisos, ¿no? -preguntó Juan.
- Sí, tienes mucha razón, pero te digo que mi mamá Teresa siempre habla con firmeza y repite "yo sí cumplo mis compromisos"-contó Tomás con entusiasmo.

Todo un ejemplo a seguir es la familia de Tomás, que, siendo muy humilde, ha sabido guiar a su hijo por el buen camino, con buenos ejemplos y con el apoyo del programa Juntos.

La promesa de Rosa y Alexander

Autora: Kilie Anali Sinti Serna
Edad: 13 años
Región: Ucayali
Ilustradora: Laura Teresa Castillo Manrique
I.E. Mercedes Cabello de Carbonera

Etiquetas: gastronomía; artesanía; educación; familia.

Había una vez un lugar maravilloso llamado Puerto Firmeza. En el lugar vivía una privilegiada familia que estaba conformada por los esposos José y Ana. Ellos tenían dos pequeños y hermosos hijos a los que bautizaron como Rosa y Alexander.

Los padres se complementaban muy bien para sacar adelante a su hogar. Él tenía una habilidad innata para la caza y la pesca. En el bosque podía cazar una gran variedad de animales, mientras que en la laguna de Puerto Tranquilo atrapaba muchos peces en su red de pesca. El separaba siempre lo que cazaba y pescaba: una parte era para su familia y la otra para vender.

Ella tenía el don de la buena cocina. Preparaba platillos deliciosos que todos en casa saboreaban con placer. El plato favorito en casa era la mazamorra de paiche, un pescado típico de la zona.

El pequeño Alexander, por su parte, tiene habilidad para sembrar plantas. Su mamá decía que tenía buena mano para el camu camu, la mandarina, la naranja, los limones, entre otros frutos que todos disfrutaban. La risueña Rosa no se quedaba atrás. Ella era una artesana: diseñaba collares, pulseras y ropa con motivos shipibos.

Los dos hermanos tienen el mismo objetivo en la vida: ser profesionales. Ellos eran conscientes de que con el apoyo de sus padres y del programa Juntos, tenían todas las herramientas para lograrlo, por lo que se esforzaban mucho para sacar buenas calificaciones en el colegio de su comunidad nativa.

La familia es muy feliz porque, gracias al programa Juntos, los padres pueden comprarles a sus hijos los útiles escolares, alimentos y lo necesario para fortalecer su crecimiento.

Rosa y Alexander hicieron la promesa a sus padres: cumplirían su sueño de ser profesionales. Sabían que el camino no sería nada fácil y predecían ciertas dificultades, pero estaban mentalizados en superar todos los obstáculos. No podían defraudar el esfuerzo de sus padres, ni el apoyo que recibían del programa Juntos.

Don José y la señora Ana orientaban a Rosa y Alexander. La señora Ana conversaba con sus hijos, recordándoles que siempre debían prestar atención a las clases, evitando distracciones con sus amigos, recalcando que existe tiempo para jugar y también tiempo para estudiar. El señor José les decía que no se rindieran, que luchen para conseguir sus metas.

Cierto día, los pequeños se dieron cuenta de que su padre se encontraba exhausto de tanto trabajar. Alexander le preguntó si se encontraba bien, que qué es lo que tenía. El padre respondía que solo necesitaba descansar, que no era nada grave. Sin embargo, pasaron los días y el padre empeoró. Ya no podía salir de casa, no podía pescar ni cazar.

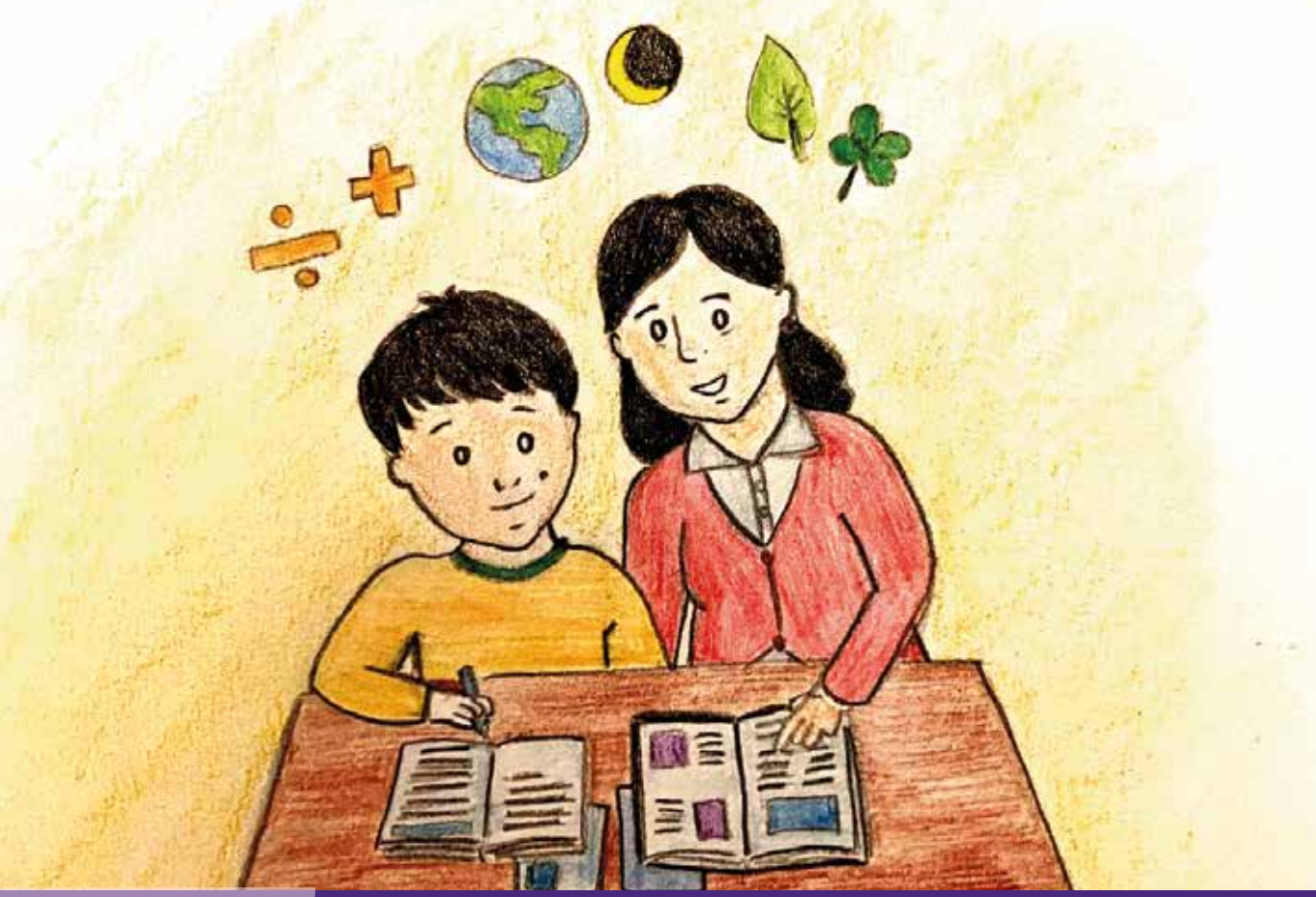
Alexander y Rosa decidieron ayudar a sus padres. Tenían que estudiar y trabajar al mismo tiempo, mientras la madre se encargaba de los cuidados necesarios que requería su marido. Fueron varias semanas en que José no pudo trabajar. Felizmente, la familia contaba con el apoyo del programa Juntos y el empuje de los pequeños, para poder sobreponerse de la situación.

Pasaron los años y los pequeños crecieron. Ambos terminaron la secundaria con excelentes calificaciones, lo que les permitió acceder a una beca para sus estudios superiores.

Pasaron otros cinco años y Alexander y Rosa terminaron la universidad y lograron cumplir aquella promesa que, de niños, les hicieron a sus padres: ser profesionales.

El señor José y la señora Ana no podían sentirse más orgullosos de sus dos hijos y también agradecidos por todo el apoyo que les brindó el programa Juntos. Estaban tan felices que decidieron organizar una gran fiesta en la comunidad nativa de Puerto Firmeza, pues querían compartir su felicidad con todos sus vecinos.

Rosa y Alexander se sintieron muy contentos por el logro que habían realizado, ya que a pesar de las dificultades que se presentaron en el camino, aprovecharon las oportunidades y lograron cumplir sus sueños.



El niño que quiere ser presidente

Autor: Victor Giovani Orellana León

Unidad Territorial: Loreto Yurimaguas

Tema: educación

Ilustradora: Valkiria Bravo Pizarro

Durante la pandemia de la COVID-19, Marco terminaba la primaria sin darse cuenta de que estaba entrando en la etapa de la adolescencia. Dejó de ser un niño y comenzó a vivir cambios asombrosos. Se planteaba muchas preguntas sobre las que antes no se había tomado el tiempo de pensar.

Los amigos de su barrio, entre juegos de pelota y conversaciones llenas de carcajadas, eran de vital importancia entre sus días. Siempre se preguntaban lo que les gustaría ser de grandes. Marco respondía con seguridad que su sueño era ser presidente del Perú.

El primer día de escuela en la secundaria del colegio fiscal de la media loma en Yurimaguas, sería un día que nunca lo olvidaría. La maestra de arte, responsable del aula del 1ro. "A", le pidió a cada uno que represente la profesión que le gustaría seguir, en la clase de teatro.

En fila, los alumnos con mucho anhelo y entusiasmo manifestaban la profesión que querían estudiar cuando dejaran la secundaria. Algunos dijeron que querían ser abogados, otros optaban por la ingeniería o ser profesores o policías.
Cuando llegó su turno, Marco se quedó en silencio. La profesora le hizo un gesto con las manos, como animándolo a responder. De pie, frente a todos sus compañeros, con una voz grave propia de la adolescencia dijo: "Quiero ser presidente del Perú".

La profesora se quedó mirándolo fijamente y, en silencio, pensaba en el importante rol que cumple la escuela en la formación de los futuros líderes de la Nación. Entonces le preguntó: ¿Por qué quieres ser presidente?, a lo que, sin dudar, el joven respondió: "Para poder ayudar a los más pobres de mi país".

A raíz de esta sorpresiva y contundente respuesta, la maestra vio la necesidad de convocar a una reunión extraordinaria de padres de familia para el día siguiente. No había más tiempo que esperar.

Durante la cita, los padres fueron consultados si es que tenían idea de lo que quieren ser sus hijos en el futuro. Algunos sí lo sabían y otros no lo tenían muy claro. Doña Fidelina, mamá de Marco, se encontraba en ese dilema. Pensaba que al igual que su padre y tíos se dedicarían a las labores de la chacra, cuidando

los sembríos y los animales, como lo hicieron por muchos años los hombres de la familia.

Al terminar la reunión, la maestra le pidió a la mamá de Marco que se quede unos minutos más para hablar con ella. En ese momento, la señora Fidelina pensó que su hijo había hecho alguna travesura.

Ya en privado la profesora le preguntó a Fidelina:
- ¿En serio no sabes lo que anhela ser tu hijo cuando sea mayor?

La madre solo atinó a mover la cabeza de un lado a otro, algo avergonzada.
La profesora acomodó sus gafas y mirándola fijamente a los ojos le dijo:
- Mire, señora, Fidelina, su hijo quiere llegar a ser presidente del Perú.
- ¿Cómo? -exclamó la madre visiblemente sorprendida.

Así es, señora, eso me dijo, y por la convicción con la que habló, y el apoyo que le vamos a dar tanto usted, su esposo y yo, estoy segura de que lo va a conseguir. Pero primero tiene que regularizar su matrícula. Marco aún figura en mi registro como NO MATRICULADO y eso lo puede llegar a perjudicar.

Doña Fidelina muy emocionada y con la voz entrecortada por la noticia preguntó:
-¿Y cómo lo puedo ayudar?

-Primero debe matricularlo oportunamente. Usted traiga todos los días a Marco al colegio y en casa, junto a su esposo, ayúdenle a realizar sus tareas y trabajos escolares. Nosotros los profesores nos vamos a encargar de darle una buena educación para que pueda lograr sus metas, no solamente le vamos a dar clases, también lo vamos a preparar para afrontar con optimismo el futuro.

Marco comenzó a responder académicamente. Tenía la capacidad de resolver problemas de matemáticas y era muy bueno en comprensión lectora, despertando la admiración entre sus compañeros. Empezó a representar a su colegio en concursos escolares, llenó las paredes de su casa con diplomas y reconocimientos que lo posicionaban como un gran líder.

Y así fue como doña Fidelina empezó a ver a su hijo como una esperanza para poder ayudar a las familias más pobres del país. Junto a su esposo, le ayuda con sus tareas y hacía lo posible para que su hijo no falte nunca al colegio. Hasta cuando llueve le pide a su vecino que lo lleve en su motocarro a la escuela, para no perder ninguna clase.

Cuando Marco ya se encontraba por terminar la secundaria, el gestor del programa Juntos le comentó a la señora Fidelina que por las buenas calificaciones de Marco él podía postular a una beca de estudios superiores. La señora Fidelina no entendía lo que significaba una beca de estudios. El gestor le explicó que por medio de la beca su hijo podía tener la carrera que él quisiera con estudios superiores gratuitos, a lo que Fidelina no dudo en ponerse en contacto con los promotores de la BECA 18.

Cuando terminó la educación secundaria, Marco, quien había obtenido una beca integral de estudios en una de las mejores universidades privadas del país debido a su alto rendimiento académico, empezó muy emocionado sus estudios de Derecho y Ciencias Políticas, siempre con el objetivo de cumplir su meta de ser presidente del Perú.

Ya en la universidad, comenzó a demostrar su liderazgo frente a sus demás compañeros a quienes les compartía su sueño de poder ayudar a los más pobres del país. Esa era la razón principal por la cual él estaba estudiando en una ciudad muy distante de su pueblo natal.

Pasó el tiempo, Marco ya se encontraba en 8° ciclo de su carrera de Derecho y Ciencias Políticas, entre estudios y análisis de la realidad social y la política del país, convocó a un grupo de compañeros en el patio de su facultad, para presentarles su proyecto político. Todos sus compañeros se entusiasmaron con el proyecto y se sumaron al sueño de Marco, porque vieron en él sus capacidades académicas y su sensibilidad social hacia los más pobres del Perú.

Diez años más tarde, Marco se convirtió en el presidente más joven que tuvo su país.

Estrella de hierro

Autora: Graciela Katia Montes Montesinos
Unidad Territorial: Cusco
Tema: corresponsabilidades de TPI
Ilustradora: Valkiria Bravo Pizarro

Cuenta la historia que el Sol y la Luna se enamoraron perdidamente y decidieron unir sus vidas para siempre. Vivían felices, pero la dicha no estaba completa. Añoraban tener un hijo, lo deseaban con muchas ansias y de pronto, llegó el momento: Luna esperaba un bebé.

Fue entonces que bajaron a la tierra para su primer control prenatal. En el centro de salud el doctor les indicó que era importante realizarse exámenes de sífilis, VIH, hemoglobina y pruebas de orina, para detectar si hay alguna infección que pueda afectar a la criatura, pues durante la gestación se deben de tomar todos los cuidados posibles.

Un par de horas más tarde, los resultados ya estaban listos. El médico acomodó sus lentes para ver el informe y le indicó que salieron negativos. ¡Qué gran noticia! Significaba que el bebé y Luna se encontraban sanos.

El doctor también les explicó que existe una enfermedad maligna que gustaba visitar a los hogares donde viven gestantes y niños menores de 5 años. Esta enfermedad es silenciosa y ataca el cuerpo de la mamá y al bebé desde el vientre, se acomoda en los glóbulos rojos quienes son los encargados de llevar oxígeno hasta el cerebro, el órgano rey encargado de hacer funcionar todo nuestro cuerpo. Esa enfermedad es la anemia.

El Sol muy asustado preguntó:
-Pero para que la anemia no moleste durante el embarazo a mi Luna y al bebé ¿qué debemos hacer doctor?
-Alimentarse muy bien, consumir alimentos ricos en hierro como la sangrecita, pescado, hígado, carnes rojas y verduras de color amarillo y verde, esto ayudará mucho en la salud de Luna y en el desarrollo de su bebé.
Luego, les entregó unas pastillas a Luna y le dijo:
-Este es el amigo de hierro, su nombre es el Sulfato Ferroso y debes consumirlo todos los días en la mañana, verás que te ayudará para que la anemia nunca los ataque. Este otro es el ácido fólico y tiene la función de que el bebé no tenga malformaciones. Con estos dos amigos tendrás un embarazo saludable.

Es así que durante los nueve meses, Luna, acompañada de Sol, bajaba mensualmente para sus controles prenatales cada vez que el personal de salud lo solicitaba. Siempre eran muy puntuales. Por su estado de gestación, Luna

cambiaba constantemente de humor. A veces estaba muy alegre como la luna llena, pero en otras veces se preocupaba como el cuarto menguante y en otras, triste como la luna creciente.

Pero el Sol era comprensivo y sabía que esos cambios de ánimos se debían al embarazo. Él siempre intentaba irradiar toda su energía hacía Luna, haciéndola reír y estando pendiente de su alimentación.

Luna veía cambios en su cuerpo, su vientre crecía mes a mes y sentía las pataditas de su bebé, la pareja siempre recibía charlas y estaba pendiente de los exámenes que solicitaba el personal de salud. Felizmente, por la buena alimentación rica en hierro, Luna nunca tuvo anemia.

¡Hasta que llegó el gran día! El bebé estaba a punto de nacer. Sol y Luna estaban muy nerviosos. Fue un parto normal y sin complicaciones. Por fin tenían en brazos a su retoño, una bella niña sana, con buen peso, a quien llamaron Chaska, que en castellano significa estrella.

Antes de que los felices padres retornen a su hogar con su querida Estrellita, el doctor les informó que Chaska iniciará sus controles de crecimiento y desarrollo, porque es importante el desarrollo físico, motor y psicológico. Además, deben vacunarla de inmediato para protegerla de las enfermedades, y a partir del cuarto mes darle hierro en gotitas para prevenir la anemia.

Luna miró a la bebé en sus brazos, ella tenía un hermoso brillo y el Sol asintió con la cabeza y le dijo al doctor:

-Así como cuidamos a nuestra Estrella desde el vientre de mi Luna, ahora también lo haremos, doctor.

Es así que el Sol y la Luna cumplieron con llevar a su linda Estrellita a sus controles y ella creció sana y muy fuerte, tanto que se convirtió en una de las estrellas más brillantes en el firmamento.

-¿Escuchaste esta historia, mamá? -dijo el niño al cerrar el libro.
-Sí, cariño fue muy hermosa –afirmó la madre.
-Y tú, que estas esperando a mi hermanita ¿también vas puntual al centro de salud?
-Sí, hijito, voy puntual, así como cuando estabas en mi pancita. Desde que ingresé a Juntos, el gestor siempre me orienta y pregunta por ti y por tu hermanita. Como informé rápido de que te esperaba y controlé mi embarazo en el puesto de salud, Juntos me ayudó con un dinerito que utilicé para comprarte ropita, pañales y las cositas que necesitabas. Ahora, felizmente, tu hermanita vendrá con el mismo pancito bajo el brazo.

Kuji y el aguajal mágico

Autor : Christian Carrión Jesús

Unidad Territorial: Amazonas Condorcanqui

Tema: importancía del control gestante

Ilustradora: Valkiria Bravo Pizarro

En el corazón del Amazonas se esconde entre ríos y montañas, una comunidad nativa llamada Atzakus. Allí, vive Kuji Chimbukat, hijo único de una familia humilde que rogaba todos los días a los apus que su mamá le conceda la dicha de darle un hermanito.

Un pequeñín para jugar y compartir travesuras era su mayor ilusión, lo anhelaba tanto que todos los días dibujaba caritas de niños en su cuaderno. Las pintaba con polvo de achote para exhibirlos en cada rincón de su humilde chocita, como si fueran fotografías.

Un día, mientras se preparaba para ir a la escuela, vio que su mamá se encontraba pálida, sin apetito y le preguntó:

-Mamá, ¿te duele la pancita? Estás blanca como un coco pelado.
-¡Qué cosas dices, enano! -respondió Suwa, su paciente madre, esbozando una tierna sonrisa-.
-¿Estás segura de que no estás enferma? -insistió el niño.
-¡Ay, mi uchi (niño), tienes unas ocurrencias!

Ese día por la noche, escuchó a sus padres decir que Suwa iría muy temprano al centro de salud porque no se sentía bien. El pobre Kuji, preocupado, no pudo dormir toda la noche y se hacía miles de preguntas:

-Quizás comió mucha cocona o quizá son bichos. Sí, seguro que son bichos.

Siguió pensando en todas las posibles enfermedades que podría tener su mamá y tras merendar, se acurrucó en su colorida hamaca hasta que sus grandes ojos café, poquito a poquito, se fueron cerrando y entró en el más profundo sueño.

Kuji se encontró de pronto en el puesto de salud junto a su madre. La mujer presentaba náuseas, mareos y malestar en su cuerpo. Kuji se quedó fuera, esperando a que saliera del consultorio, pero su curiosidad era tan grande que se acercó a la puerta y escuchó cuando la doctora le daba la gran noticia a su madre.

¡Por fin se haría realidad su más grande sueño! ¡Tendría un hermanito! Sin poder contener su emoción pegó un grito hasta el cielo:
- ¡Bravo, ahora seré el hermano mayor!

La doctora, al verlo tan feliz, lo invitó a pasar y él escuchó con mucha atención las indicaciones médicas, las cuales consistían en que la madre debía de asistir mensualmente a sus controles prenatales y realizarse exámenes auxiliares.

Sin embargo, Suwa no se veía tan feliz al enterarse de que otra criaturita crecía en su vientre. Por increíble que parezca, no tomó con entusiasmo la noticia. Traer otro hijo al mundo no estaba en sus planes.

Pasó el tiempo, y ya con cinco meses de gestación, Suwa apenas recibió dos controles prenatales. Siempre tenía excusas para faltar a sus citas médicas a pesar de los esfuerzos del personal de salud en hacerla cambiar de opinión, pues ponía en riesgo la vida de su bebé y la de ella misma.
Un domingo por la tarde, Kuji se fue a su chacra para buscar leña y entre los árboles escuchó el llamado de una tétrica voz:
-Kuji, Kuji.
-¿Qui…qui..qui..qui…quién eres? – respondió tartamudeando-.
-Aquí, mira hacia arriba -susurró la tenebrosa voz-.
Kuji alzó la vista y observó que en lo alto de una vieja palmera de aguaje colgaba una enorme serpiente, de una especie conocida por los lugareños como jergón. El pequeño no salía de su asombro e incrédulo le preguntó:
-¿Cómo es posible que puedas hablar? Debo de estar soñando.
-Mi nombre es Yapajít, un espíritu del bosque y puedo transformarme en cualquier animal que me plazca. Ahora soy un reptil y mañana probablemente me convierta en un otorongo.

-Pues vaya susto que me diste, creí que me ibas a devorar.
-Supe que estás preocupado por tu mamá y no es para menos. Si no controla su embarazo podría perder a su bebé - advirtió el misterioso ser.
-Pero no quiere ¿Qué debo hacer?

Con sus afilados colmillos la fantástica criatura cortó un aguaje y reveló sus secretos mágicos. Relató que el aguaje es el "fruto del árbol de la vida", un superalimento que concentra vitaminas y minerales. Si una gestante prueba este delicioso manjar, traerá al mundo un hijo sano y hermoso.

Luego lo dejó caer suavemente en las frágiles manos del pequeño. Le sugirió dárselo a su madre a la media noche de un miércoles, bajo la luz de la luna, cuando las estrellas brillen en todo su esplendor.

-Dáselo y asegúrate de que se lo coma. Verás que a partir de ese momento ella será una madre responsable – dijo Yapajít.

-Lo haré, siempre quise tener un hermanito y no voy a dejar que nada malo le pase.
Las horas se fueron volando, anochecía y Kuji corrió a su casa para revisar el calendario de

pared que le regaló el programa Juntos. Se dio cuenta de que justo ese día era martes y el cielo estaba más estrellado que nunca. Era la oportunidad perfecta.

Antes de que las manecillas del reloj dieran las doce de la noche, el niño fingió que le dolía el estómago y se puso a llorar tan fuerte que despertó a todo el pueblo. Su mamá saltó de su cama y corrió de inmediato a la habitación de su pequeño.
Al encender la linterna, la mujer vio que su hijo tenía un aguaje en sus manos y le dijo:
-¿Qué ocurre, hijito? ¿Te duele algo? ¿Por qué estás llorando?
-Mamá, me desperté porque me dio hambre y cuando quise comer este aguaje, tenía una piedra en su interior.
-¡Eso no puede ser! – respondió Suwa.
-Mira, yo voy a probar una y te demostraré que estás equivocado
El niño le alcanzó el fruto encantado. Su madre le retiró la cáscara y con sus frágiles dedos le salpicó un poco de sal. De siete mordiscos terminó devorando el alimento rico en vitamina C.
-¿Lo ves? La fruta no tiene piedras. Vuelve a dormir, hijito.
Luego abrazó a su engreído y le cantó una canción hasta hacerlo dormir.
Pero el bello cántico parecía no tener fin, la melodiosa voz se hacía cada vez más fuerte hasta que de pronto despertó y entendió que todo lo vivido había sido un sueño.

Era su mamá que, como de costumbre, levantaba a su hijo todas las mañanas con canciones en su lengua materna para que vaya a la escuela.

-Después del colegio quiero que me acompañes al puesto de salud. Hoy recibiré mi primer chequeo de embarazo – le dijo su madre con mucha emoción.
-¿En serio? ¿Voy a tener un hermanito? -preguntó el pequeño aún incrédulo.
-Así es, y para que crezca sanito debo acudir a mis chequeos todos los meses, tomar ácido fólico para su cerebrito y consumir mucho hierro.

-¿Te puedo acompañar?
-¡Claro, hijito!... no sé por qué, pero ahora se me antoja comerme un aguaje.
La emoción era tan grande que se desbordaba de su pecho. Con el corazón latiendo a mil por hora, el pequeño Kuji fue hacia el aguajal que había crecido a unos cien metros de su casa. No había ninguna serpiente allí, pero él estaba muy orgulloso de su responsable y amorosa madre, pues ella hará todo lo posible para asegurar la salud de su futuro hermanito.

La granjita de doña Lucía

Autora: Nataly Mayón Mendoza
Unidad Territorial: Ancash
Tema: Actualización de datos
Ilustradora: Valkiria Bravo Pizarro

Era una hermosa tarde, con un sol radiante que quemaba en las mejillas. Lucía y Olga, dos vecinas que comparten el arte del tejido, se encontraron en la plaza de la comunidad de Collahuasi, como lo hacen desde hace muchos años, para bordar hermosos manteles multicolores mientras conversaban amenamente.

Lucía es una mujer muy trabajadora y le contaba a su amiga en qué consistían sus labores del día a día. Ella criaba muchos animalitos, sus vecinos siempre le preguntaban si tenía una granja y humildemente respondía que solo era una pequeña granjita.

Por increíble que parezca, criar animales le tomaba mucho tiempo y dedicación. Debía estar pendiente siempre de sus cuyes. Si un cuy se le escapaba, terminaba en otra jaula. Tenía que contar cuántos huevos ponían sus gallinas al día, cuántos conejos le quedaban después de vender algunos ejemplares, si una chanchita quedaba preñada o si moría un gallo.

Sus hijitos siempre la ayudaban. Lucía les enseñaba que, si bien tenían que estudiar para labrarse un buen futuro y lograr cosas importantes en la vida, también debían ayudar con algunas tareas del hogar.

En la plaza se encontraba Humberto, el gestor local del programa Juntos, quien se acercó a saludar a las señoras. Se disculpó con ellas, pues, sin querer, había escuchado toda la conversación y quería comentarles algo que, estaba seguro, les serviría: les habló sobre la importancia que tiene para el programa Juntos actualizar los datos de sus familias usuarias y que ese proceso, que a ellas les sonaba un tanto confuso, funciona igualito que la granja de doña Lucía.

Ambas señoras, muy sorprendidas, le dijeron que no se imaginaban cómo podría suceder eso. Humberto entonces les explicó con ejemplos:
-Si una gallina pone un huevo, doña Lucía cuenta un pollito más. Igual debe ser en sus hogares. Si nace un bebé, debemos informarlo al programa Juntos.

-Si la cerdita está preñada, ella se da cuenta y entonces tendrá diferentes cuidados. Así debemos informar al Programa si estás embarazada, para realizar el acompañamiento debido. Y si alguien lamentablemente fallece, comunicarlo.

-Ahora -prosiguió- también la señora Lucía contaba que sus cuyes se cambiaban de jaulas, como las familias también cambian de casa. Entonces es necesario actualizar esa información con el Programa. Lo mismo si cambiamos a nuestros hijos de centro de salud o de colegio.

-También saben que los niños van creciendo, entonces en los estudios cuando pasan de inicial a primaria, de primaria a secundaria, o si terminaron el colegio deben avisarme a tiempo.

De pronto, llegó la hija de doña Lucía, la pequeña Juliana, quien entre sollozos gritaba:
-¡Mamá, mamá, Panchito, Panchito!

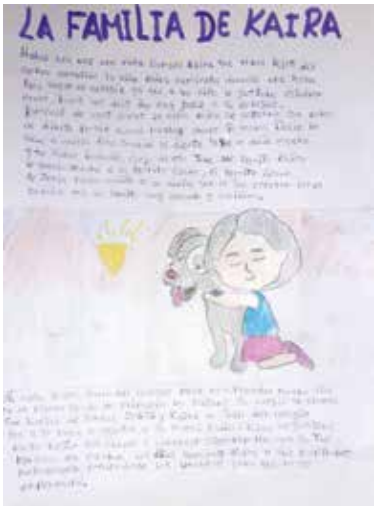
Panchito era uno de los cuyes de la granja y se había perdido. La pequeña Juliana se había dado cuenta porque solo hace unas horas habían contado a sus cuyes, como lo hacía diariamente, pero esta vez faltaba uno, Panchito, el más gordito y comelón de todos.

Doña Lucía salió corriendo inmediatamente y fue a buscar a Panchito junto a Juliana. Buscaron por las casas cercanas, tocando una y otra puerta, muy preocupadas, hasta que encontraron al robusto cuy en la casa de una vecina. Estaba intentando comer alfalfa que estaba cerca de una jaula.

Juliana corrió y agarró a Panchito y doña Lucía se disculpó con su vecina por las molestias, y llevaron al cuy a casa. En la granja de doña Lucía todos estuvieron muy tristes y preocupados, pero ya estaban más tranquilos y felices.

Días después, el gestor Humberto llamó a Lucía y le preguntó cómo se encontraba su familia y, sobre todo, si habían encontrado al robusto Panchito. Se alegró al saber que ya estaba de vuelta en la granja y no dudó en decirle:

-Qué bueno que sabes quiénes conforman su granja, doña Lucía. Qué bien que siempre tiene un control y sabe que todos son importantes en su granjita. Por eso, también para Juntos es importante contar con la información oportuna de nuestros hogares.



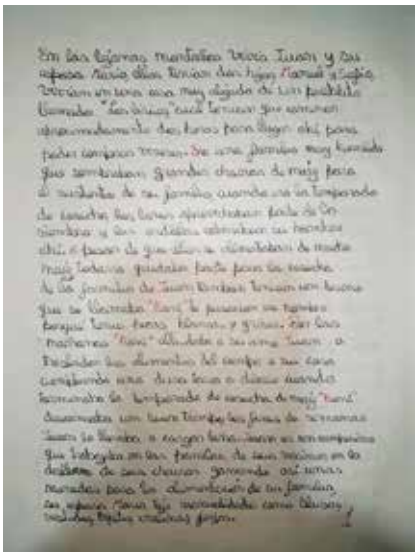
Lima Provincia

Condorcanqui

Bagua

Puno

Piura



Cajamarca

Pasco

PERÚ Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social

Siempre con el pueblo

BICENTENARIO DEL PERÚ 2021 - 2024

Juntos

Programa Nacional de Apoyo Directo a los Más Pobres - Juntos

Calle Schell N° 310 - Miraflores
www.gob.pe/juntos